AMOR Y CIENCIA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro de la Comedia,
de Madrid, el 7 de Noviembre de 1905.



MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1905

AMOR Y CIENCIA

NICOLÁS.—(Da una botella grande.) Agua de...

ELISEA.—Tintura de *eucaliptus*. Nada tan eficaz como esto. Cuantas veces lo empleé para formar una atmósfera húmeda, antiséptica, me dió excelente resultado.

NICOLÁS.—¡Anda! Como que es usted una gran boticaria y una gran médica.

ELISEA.—No tanto, Nicolás. Pero seis años en la Farmacia del Hospital de Niños y dos en la asistencia de las criaturitas, algo enseñan...

NICOLÁS.—Ya, ya.

ELISEA.—¿Hay algo más?

NICOLÁS.—Nada más. Los juguetes que me encargó la señora no los he traído por no entretenerme. Volveré...

ELISEA.—¿Para qué? ¡Si aquí tiene Cristín juguetes de sobra! Además, ¡ay! el pobre ángel con nada se entretiene ya.

NICOLÁS.—¿Está peor el niño?

ELISEA.—Peor está, Nicolás. (Muy triste.) Hemos luchado con ese terrible mal, con el monstruo que ahoga sin piedad á los pobres niños... Dios no quiere darnos la victoria... Cúmplase la santa voluntad.

NICOLÁS.—¿Y usted, Sor Elisea, teme...?

ELISEA.—Ayer tuve esperanza. Hoy... no diré que la he perdido, porque la esperanza no acaba nunca de abandonar el alma del cristiano... La arrojamos, y vuelve... Pero... qué sé yo... desde anoche veo en Cristín esa seriedad particular de los rostros de niño cuando dicen: «adiós, que me voy... que me vuelvo... allá...» He visto en mi Hospital infinidad de casos. ¡Cuántas veces, aleteando en las cunas, me han dicho: «adiós, Elisea,» y, en efecto... se han ido!

NICOLÁS.—(Enérgico.) Pues ahora no. Sor Elisea es una santa, y mientras esté aquí, ¡canastos! en esta casa no entrará la muerte.

ELISEA.—Está usted fresco. ¿Quién pone puertas al campo del morir?

NICOLÁS.—Usted, que vino aquí traída por los ángeles.

ELISEA.—No me trajeron los ángeles: me trajo el afán de asistir al hijo de Paulina, atacado de enfermedad tan perra. Aunque mi sobrina y yo no nos tratábamos por... por... Esto no hace al caso...

NICOLÁS.—(Comprendiendo.) Ya...

ELISEA.—Dije: «allá me voy, y los resentimientos que se los lleve el aire.» Traía la ilusión de salvar al nene, porque... ya me las entiendo yo con este condenado mal. (Afligida.) Pero esta vez parece que no me valdrá mi experiencia. ¡Pobre Paulina! ¡Si quisiera Dios...! (Reza en silencio.)

NICOLÁS.—Pida, pida, hermana, que á usted no le dicen que no.

ESCENA II

Los mismos.—TERESA; después JUANA.

TERESA.—(Por la izquierda, con ropa de cama.) ¿Mudamos ahora la ropa de la camita?

ELISEA.—No, Teresa. Luego se verá. ¿Pero tú no has descansado?

TERESA.—Un par de horitas. Voy á relevar á Juana, que estará muerta de sueño.

ELISEA.—Aguarda. (Recogiendo las medicinas.) Llévate esto allá.

NICOLÁS.—(Mirando por la derecha.) Ya sale Juana.

ELISEA.—(A Juana, que sale por la derecha.) ¿Se ha despertado Paulina?

JUANA.—No, señora: ahí está (Señala por la derecha) descabezando un sueño en el sofá.

ELISEA.—(Bajando la voz.) Hablen bajito. No sé cómo Paulina resiste... Más habituada á los goces fáciles que al rigor de las penas, parecía incapaz de este trabajo heróico. Pero es madre, y con eso se dice todo. (Pausa.) ¿Y el niño?

JUANA.—Respira mejor. Ahora duerme.

ELISEA.—Ni un momento me le dejéis solo.

TERESA.—Ahora yo. (A Juana.) Vete tú á descansar.

JUANA.—(Ayudando á Teresa á recoger las medicinas.) Yo no descanso. Hoy es día de guardia permanente. ¿Verdad, Sor Elisea?

ELISEA.—No sé... Quiera Dios que te equivoques... En fin, idos allá.

JUANA.—(Recordando.) ¡Ah, qué cabeza! Me pidió Cristín ese juguete... (Mirando los juguetes esparcidos)

ELISEA.—¿Cuál?

JUANA.—Un *clown*... con unos pavos...

ELISEA.—(Buscando.) ¿Dónde están esos dichosos pavitos...?

NICOLÁS.—(Que encuentra el juguete en un estantillo.) Aquí están.

JUANA.—(Recogiendo el juguete.) Venga... Para cuando despierte.

ELISEA.—Pst... silencio... andad con cuidado. No despertéis á la pobre Paulina. (Se van de puntillas Teresa y Juana por la derecha.)

NICOLÁS.—Hermana Elisea, se me olvidó decirle que muy de mañana, como de costumbre, fuí á casa del señor Marqués. Entrando yo en el jardín, el Marqués que salía...

ELISEA.—¿A la calle tan temprano?

NICOLÁS.—El por qué del madrugón lo sé por mi primo Florencio, que es su ayuda de cámara. (Con misterio.) Parece que ha llegado á esta ciudad un célebre doctor de Madrid... el más sabio, el más amañado del mundo para robar enfermos á la muerte.

ELISEA.—(Sospechando, interesándose.) ¿Y cómo se llama? El nombre, Nicolás; el nombre de ese prodigio.

NICOLÁS.—No me dijo Florencio el nombre... Sólo sé que el señor Marqués supo anoche la llegada del grande hombre, y salió tempranito...

ELISEA.—¿En busca de él?

NICOLÁS.—No, señora: en busca del médico de casa, señor Solís...

ELISEA.—Querrá celebrar consulta. (Oyendo pasos en el jardín.) Alguien entra. ¿Será el señor Solís?

NICOLÁS.—(Mirando.) Son los vecinos de al lado, los señores de Varona.

ELISEA.—¡Vaya, qué horas de visita! (Entran los de Varona. Nicolás se retira.)

ESCENA III

Sor Elisea.—Natalia, Varona. Natalia es señora finchada y adusta. Viste con severa distinción traje negro, de mañana. Varona, elegante maduro, traje de riguroso verano.

Varona.—(Afanado, presuroso.) Perdone la santísima Elisea: no venimos más que á preguntar...

Natalia.—¿Es cierto lo que me ha dicho la cocinera, que se agrava Cristín?

Elisea.—Desgraciadamente, no puedo desmentir la mala noticia.

Natalia.—(Con extremos de pena, las manos en la cabeza.) ¡Jesús, Jesús... y Jesús!

Varona.—Ya saben Paulina y usted, ya sabe también el Marqués, que estamos á su disposición para cuanto se ofrezca.

Elisea.—Gracias. La pobre Paulina se ha echado en ese sofá. (Señalando á la derecha.) ¡Qué noche ha pasado la pobre! Yo ruego á ustedes que hablen bajito.

Natalia.—(Displicente, á su marido.) Eres tú el que chilla.

Varona.—¡Yo, mujer!

Natalia.—(A Elisea.) Habrá usted oído que ha llegado á esta ciudad un médico eminentísimo... (Varona le tira de la falda con disimulo, indicándole que calle.) Un profesor de universal renombre...

Elisea.—No sé... (Varona y su mujer se miran: él la incita al silencio.)

Natalia.—Ha llegado, sí. (A Varona, con severidad.) ¿Pero, hombre, qué, qué quieres decirme?

Varona.—Que hables bajito, Natalia.

Natalia.—(Bajando la voz.) Digo que en casos críticos de vida ó muerte, no me fío yo de sabios más ó menos auténticos. Ya sabe usted, Elisea, que la ciencia... ha fracasado.

Varona.—(Repite, por miedo á su esposa, la idea de ésta.) Debe-

mos declarar y declaramos el terminante fracaso de la ciencia.

NATALIA.—En estos trances, me atengo á la intervención divina: Dios, con soberana libertad y justicia, salva ó condena, según nos conviene.

ELISEA.—(Muy impaciente, buscando un pretexto para marcharse.) Sin duda... pero...

NATALIA.—Usted, que es una santa, no puede ignorar que las medicinas de más virtud están en la Farmacia de la Fe y en los formularios de la Piedad.

ELISEA.—(Mirando á la puerta de la derecha.) Cierto, ciertísimo...

NATALIA.—Y no podré ocultar á usted que ante la desdicha de esta casa, me asalta un recelo...

ELISEA.—(Distraída, por decir algo.) ¿Qué?

NATALIA.—Temo que no sea Paulina bastante religiosa para penetrarse de la eficacia de la Fe como remedio corporal.

VARONA.—Sí que es religiosa. (Natalia le hace callar con mirada despótica.)

ELISEA.—Religiosa es... Yo la instruyo, la catequizo...

NATALIA.—¿Y qué efecto le hará, pregunto yo, la llegada de ese hombre?

ELISEA.—¿Quién?

NATALIA.—El sabio, el médico sublime, el taumaturgo... ¿No sabe usted, bendita Elisea, que ese portento es...? (Nuevo tirón de Varona, más fuerte.)

ELISEA.—(En el colmo de la impaciencia.) Dispénseme...

NATALIA.—No he dicho nada.

JUANA.—(Aparece súbitamente en la puerta de la derecha.) Hermana Elisea...

ELISEA.—Voy...

ESCENA IV

Los mismos.—JUANA; después PAULINA.

JUANA.—La señora se ha despertado.

ELISEA.—¿Y el nene?

JUANA.—No está bien. Ya vuelve la fatiga. La señora se afecta horriblemente. Tenemos que sacarla de allí.

ELISEA.—Y obligarla á tomar algo. Está desfallecida.
JUANA.—A nosotras no nos hace caso. Sólo á usted obedece.
ELISEA.—(Viendo venir á Paulina.) Aquí viene. (Entra Paulina con expresión de cansancio, de insomnio, de abrumadora pena. Viste *matinée* sencilla, elegante.) Paulina, hija mía, tendré que enfadarme, tendré que reñirte si no eres razonable.
PAULINA.—¡Y Solís, que no viene!
ELISEA.—Ya vendrá el médico. Espérale aquí, y no te muevas hasta que yo te lo permita.
PAULINA.—Bueno.
ELISEA.—Estos amables amigos tienen mucho gusto en acompañarte.
PAULINA.—(Afectuosa.) ¡Oh, Natalia!
NATALIA.—(Adelantándose, la besa con afectado cariño.) Amiga del alma, el padecer empieza lastimando y acaba por ser fuente de regocijo.
JUANA.—(A Elisea.) Mándele usted que coma.
ELISEA.—Le mando que tome algo y que esté serena y confiada, pues no hay peligro todavía. (Se van Elisea y Juana.)
VARONA.—(Saludando á Paulina, que llega al centro, cogida del brazo de Natalia.) El comer es tan necesario como el creer.
NATALIA.—No tanto, no tanto.
VARONA.—Bien: un poquito menos. (Paulina se sienta.)

ESCENA V

PAULINA, NATALIA, VARONA; después TERESA; al fin de la escena SOLÍS y NICOLÁS.

VARONA.—No pierda usted la esperanza.
NATALIA.—Dios es tan bueno, tan bueno, que apenas le invoca el pecador, acude, consuela y perdona. (Entra Teresa con servicio de té, bizcochos y *sandwich:* lo pone en la mesa y sirve.)
VARONA.—Dios no puede llevar á mal que usted tome algún alimento.
PAULINA.—(A Teresa.) Leche sola.

NATALIA.—Pero el apetito es un huésped que no quiere aposentarse en las almas tristes.

PAULINA.—(Después de tomar un sorbo de leche.) ¡Y yo, tan torpe, que no les he dicho si gustan!

VARONA.—Con nosotros, Paulina, nada de cumplidos.

PAULINA.—(Tomando el segundo sorbo, retira la taza con repugnancia.) No puedo, no puedo pasar nada.

VARONA.—Tome usted té solo, y atrévase con un emparedado.

PAULINA.—No puedo... (A Teresa.) Llévatelo.

TERESA.—¿Quiere la señora una taza de caldo?

PAULINA.—¡Caldo... qué horror!

NATALIA.—Si no tiene gana, vale más que no coma. Nadie se muere de abstinencia.

PAULINA.—(Inquieta.) ¡Y Solís sin venir! ¡Pero qué hará este hombre...!

VARONA.—Me parece que Adolfo le llevaba esta mañana en su automóvil. ¿No es así, Natalia?

NATALIA.—Suele nuestro hijo llevar á Solís en su coche cuando éste tiene visitas lejanas.

VARONA.—(Calmando la impaciencia de Paulina.) No piense usted tanto en el médico, y verá cómo aparece.

NATALIA.—Yo que usted, Paulina, no confiaría tanto en la ciencia.

VARONA.—(Exagerando.) Que seguramente... ha fracasado.

PAULINA.—A todo pido amparo yo, Natalia: á la fe, á la ciencia, á la superstición, al charlatanismo.

NATALIA.—El desesperado se abraza á toda sombra pasajera, creyendo que es la esperanza.

VARONA.—(A Natalia.) Pero no hay motivos todavía para que Paulina desespere...

PAULINA.—(Secando sus lágrimas.) Sin duda no los hay... pero esta pícara imaginación los busca, los inventa.

NATALIA.—(Con cierta solemnidad.) No debemos inventar males, porque ellos están inventados.

PAULINA.—(Con profunda emoción y vehemencia.) Amo tanto á mi hijo, que la idea de vivir yo y él no me anonada, me enloquece. ¡Perder á mi Cristín! Esto, digan lo que quieran, no está en el orden natural. Cristín es mi único amor: en él han venido á tomar figura humana todas las ilusiones, todos los anhelos de mi vida. Yo he sido mala;

pero mayor que mi maldad, con ser tan grande, es este castigo espantoso... Y si lo merezco, que se me perdone, que se me levante la pena... Por la vida de esta criatura doy cuanto poseo: libertad, posición, bienestar. Sálvale, Señor, y llévate la juventud que disfruto, los atractivos que me diste. Haz de mí una mujer repugnante, asquerosa, y condéname á pedir limosna por calles y caminos. (Varona y Natalia suspiran.)

NICOLÁS.—(En la puerta del fondo.) Ya entra el señor Solís.

PAULINA.—(Se levanta con presteza.) ¡Ah!

SOLÍS.—(Entrando presuroso.) He tardado un poco... Vamos.

PAULINA.—(A Natalia y Varona.) Dispénsenme ahora.

VARONA.—¡Oh, sí, vaya usted! (A Solís.) Pepe, hasta luego. (Varona, Paulina y Solís por la derecha.)

ESCENA VI

NATALIA, VARONA.

NATALIA.—Insigne majadero, me has desgarrado el vestido con tus tirones. Y yo pregunto: ¿por qué no hemos de poder decir á esta gente que ha llegado á nuestra ciudad el sapientísimo profesor Guillermo Bruno, esposo de Paulina, que de él se separó con gran escándalo el año...? No sé la fecha.

VARONA.—Hace ahora seis años justos.

NATALIA.—¿Por qué no ha de saber la interesante Paulinita que su aborrecido consorte está aquí?

VARONA.—Porque en su estado de tribulación, la noticia podría ser para nuestra pobre amiga como un tiro. Hay que tener caridad.

NATALIA.—Caridad tengo, y no me falta el sentido de los juicios de Dios. ¡Ay! ¡Con qué soberana oportunidad hace cumplir en el mundo sus divinas sentencias!

VARONA.—¡Bah, bah! Ya tenemos en movimiento la maquinilla de tu saber místico y profano. (Imita la acción de mover un manubrio.)

NATALIA.—Fíjate, Varona, hombre de poca fe. Separados Guillermo y Paulina en las circunstancias más terribles y bochornosas, no han vuelto á verse desde entonces ni han dejado de aborrecerse.

VARONA.—(Vivamente.) Pues porque se aborrecen, no quería yo...

NATALIA.—No me interrumpas. Al salir de la casa conyugal, arrojada por un marido muy áspero y severo, pero muy pundonoroso, Paulina se largó á Suiza con su cómplice, aquel simpático francés... moreno, de ojos azules...

VARONA.—Cristián era su nombre; del apellido no me acuerdo.

NATALIA.—Al año de la separación nació, en Lucerna ó en Zurich...

VARONA.—En Ginebra, mujer. ¡Si estaba yo allí!

NATALIA.—Nació, digo, este pobre niño, que ahora vemos atacado de la más pavorosa enfermedad...

VARONA.—Y le pusieron por nombre Cristián, de donde viene el *Cristín* con que le llaman familiarmente... Pero no veo los juicios de Dios, querida Nata.

NATALIA.—La pobre Paulina, á quien yo compadezco con toda mi alma, se ha pasado la vida sin pensar más que en divertirse y hacer su gusto.

VARONA.—(Vivamente.) Otras hicieron lo mismo mientras tuvieron libertad y juventud.

NATALIA.—Llega el conflicto, llega una prueba tremenda, y la cuitada vuelve sus ojos á Dios.

VARONA.—Esas evoluciones, esos cambios en el modo de mirar del bello sexo, unas veces los determina el infortunio; otras la vejez, que es el infortunio físico.

NATALIA.—(Sin hacerle caso.) Pero al volverse á Dios, no deja Paulina de confiar en la ciencia vacía y orgullosa. Y yo le digo: «desventurada, mira la ciencia que pasa... tu marido es la ciencia... ahí la tienes. Pero no puedes llamarla en tu auxilio, porque Guillermo Bruno te odia, te desprecia; porque tú y tu Cristín sois para él la doble imagen de su ignominia.»

VARONA.—A eso contesto yo que...

NATALIA.—(Sin dejarle meter baza.) Conclusión lógica, fatal, aplastante: que la ciencia no sólo es ineficaz por sí, sino porque la esterilizan las maldades humanas.

VARONA.—Bueno, bueno. Pero lo que yo digo: ¿qué necesidad tenemos de dar un sofoco á la pobre Paulina?

NATALIA.—(Agria y dura.) ¡Componendas, ñoñerías! Al pecador se le corrige con las verdades que iluminan y con los ejemplos que duelen.

VARONA.—Para eso está Dios, Natalia; Dios, que es con Paulina bastante duro.

NATALIA.—Ahora, que antes fué benignísimo. ¡Mujer de más suerte! Dijérase que ha sido la niña mimada de la Providencia Divina, y que ésta no tenía más fin que arreglarle todas las cosas á su gusto. Se le muere el Cristián ese...

VARONA.—Que era un perdido. Fué un favor de Dios que el hombre se despeñara en los ventisqueros...

NATALIA.—Viene acá Paulina desolada, viuda, como quien dice, y al primer guiño le sale este Marqués de Abdalá...

VARONA.—Que es un santo.

NATALIA.—(Iracunda.) ¡Varona! No me llames santo al hombre que tiene por suya á una mujer, sin unirse con ella en vínculo matrimonial.

VARONA.—Un santo relativo he querido decir. Si pudieran casarse, lo harían.

NATALIA.—Llamémosle excelente sujeto, persona dignísima, buen caballero... santo no, ¡cuidado!

VARONA.—Alberto Abdalá, con su amistad dulce, paternal, y su tacto exquisito, ha hecho de Paulina una mujer arreglada, juiciosa, correctísima, dentro de la incorrección. Es un hombre extraordinario, que en los moldes de la inmoralidad ha sabido vaciar la moralidad más pura.

NATALIA.—Quítate allá... (Displicente.) ¿Qué sabes tú lo que es eso? ¿Cuándo has conocido tú la moralidad?

VARONA.—(Con enojo leve.) ¡Nata, Nata!...

NATALIA.—¡Moralidad! ¿Qué sabes tú de eso?

VARONA.—Sin duda muy poco... pues de esa asignatura eres tú mi profesora.

NATALIA.—(Despreciativa.) Dios me dé paciencia para sufrirte.

VARONA.—Pídele otra cosa, que paciencia no puede darte.

NATALIA.—¿Por qué?

VARONA.—Porque toda, toda esa virtud, me la ha dado á mí.

ESCENA VII

NATALIA, VARONA.—ADOLFO, que entra por el fondo como buscando á alguien. Es un jovenzuelo insubstancial, elegante. Viste traje de automovilista.

NATALIA.—Aquí estamos, hijo.

VARONA.—No hemos sentido tu automóvil.

ADOLFO.—Lo he dejado á Pepe Ríos, en casa de Abdalá.

VARONA.—De Alberto hablábamos ahora.

ADOLFO.—¿Con que el pobrecito Cristín...?

NATALIA.—Hijo, sí. (Con afectada lástima.) La consternación reina en esta casa.

ADOLFO.—(Atisbando por la derecha.) ¡La pobre Paulina...!

NATALIA.—Mira tú por dónde ha venido á ser mártir la que siempre fué todo lo contrario.

ADOLFO.—Lo contrario del martirio es la buena vida, una vida de goces.

VARONA.—Niño frío y sesudo, ¿vas á hablar mal de nuestra pobre amiga?

ADOLFO.—¡Oh, no! Mamá, ¿me permites elogiar á Paulina?

NATALIA.—Elógiala en todo aquello que lo merezca.

VARONA.—Es simpática y dulce...

ADOLFO.—Es bella, es graciosa y amable. Yo no me meto en si vive ó no vive como Dios manda.

VARONA.—Silencio, que estamos en su casa.

NATALIA.—La ocasión y el lugar piden indulgencia.

ADOLFO.—Si no censuro... respeto la desgracia...

VARONA.—(Socarrón.) Tu sabia mamá te permite la indulgencia externa y formulista, con tal que en tu corazón, hijo mío, mantengas el culto de la moralidad.

ADOLFO.—Yo mantengo ese culto, ¿verdad, mamita? Me divierto y triunfo y gasto porque vosotros me lo mandáis; porque tenéis á gala que vuestro hijo sea el más aristocrático del pueblo, el introductor de las novedades, así *sportivas* como de los demás órdenes.

NATALIA.—Eres nuestro hijo único: te adoramos, somos ricos, debes lucir y dar ejemplo de grandeza.

ADOLFO.—Y yo lo doy. ¿Tenéis queja de mí?

NATALIA.—Ninguna. Eres moderadito en tus gastos, sensato en tu conducta.

VARONA.—(Irónico, con hipocresía burlona.) Te diviertes honestamente, discretamente.

NATALIA.—Los tiempos que corren exigen al caballero cristiano que armonice la virtud con el esparcimiento lícito.

VARONA.—Que dé al señorío lo que es del señorío, y á Dios lo que es de Dios.

NATALIA.—Que sea cortés con todo el mundo, fino con las damas, reverente con los sacerdotes, y siempre comedido en la palabra.

VARONA.—Poco á poco. Para no desentonar en esta sociedad, está obligado el niño á ciertas licencias de lenguaje y á proveerse de chistes que son la sal y el calor de nuestras conversaciones.

NATALIA.—Eso no.

ADOLFO.—No, papá, no. Veréis... yo... naturalmente... Tengo que hablar al son de todo el mundo... y cuando coloco un chistecito, es de esos que no provocan demasiado á la risa.

VARONA.—Muy bien. (Sale Teresa presurosa por la derecha; corre hacia el foro; llama á Nicolás; éste acude; habla con él un momento.)

NATALIA.—¿Qué hay, Teresa? ¿Se agrava el niño?

TERESA.—Sí, señora... (Vase rápidamente por la derecha.)

ADOLFO.—De veras me aflige. ¡No sé qué daría yo por...!

VARONA.—Y yo...

ADOLFO.—(Recordando.) ¡Ah! tengo que contaros... He visto á su marido.

NATALIA.—¡El marido de Paulina! Cuenta, cuenta.

VARONA.—El sabio, el fuerte...

ADOLFO.—El gran clínico, el atrevido investigador de esos mundos invisibles que llamamos sangre, nervios, célula muscular... Pues de facha y rostro es hombre simpático... De trato no sé...

VARONA.—Su trato es suave... como un manojo de ortigas.

NATALIA.—Me dijo esta mañana Ursula Ríos, cuando salíamos de misa de ocho, que el sabio no viene solo.

ADOLFO.—Se trae una cáfila de mujeres: las he visto.

VARONA.—¿Enfermas?

NATALIA.—Sí: de esas que vienen á combatir su afección crónica, la vanidad, con las sales marítimas.

ADOLFO.—Ha instalado su colonia en lo que fué Asilo Náutico, entre la playa y el Convento de Clarisas. De allí ví salir á Guillermo Bruno con su ganado.

VARONA.—Verías una procesión de chiquillos contrahechos y de muchachonas patizambas.

ADOLFO.—Delante iba el Doctor, llevando cogida del brazo á una mujer hermosísima. Me quedé pasmado. No he visto en mi vida un tipo tan perfecto de belleza.

NATALIA.—(Burlándose de su marido.) ¿Patizamba?

VARONA.—Nata, no te rías. Hay belleza hipocrática.

ADOLFO.—Detrás del sabio iban dos muchachitas...

NATALIA.—¿Jorobadas?

ADOLFO.—No, por cierto: dos pollas muy lindas, tiernas, alegres, retozonas. Seguían niños conducidos por mujeres maduras.

NATALIA.—Las maduras son la hoja seca de la ciencia; los niños el fresco retoño... De las mujeres hermosas habló Ursula Ríos con su habitual malicia. Dice que el sabio no trae consigo una enfermería ambulante, sino un serrallo... Yo no lo creo... no...

VARONA.—¡Qué desatino!

ADOLFO.—(Mirando por la derecha.) Ya viene Solís.

ESCENA VIII

Los mismos.—SOLÍS, SOR ELISEA, por la derecha.

ELISEA.—(Con grande inquietud.) Dejo allí á Paulina para que pueda usted decirme sin rodeos la verdad.

SOLÍS.—(Cabizbajo.) La verdad es triste.

ELISEA.—¿Hay peligro?

SOLÍS.—Inminente. Ya lo ve usted. El niño se ahoga.

VARONA.—Pero algún medio habrá, querido Pepe...

SOLÍS.—Hay uno, sí... y parece que lo ha traído la Providencia.

NATALIA.—(En otro grupo, con Elisea.) ¿Pero Solís no se atreve...?

ELISEA.—Es un caso excepcional, peligrosísimo.

SOLÍS.—(A Varona y Adolfo.) Se puede responder de la vida de Cristín si interviene la mano experta, la mano firme del maestro.

VARONA.—Y hay inconvenientes...

ADOLFO.—Ya, ya: comprendido...

SOLÍS.—Consideraciones de un orden moral, privado, ponen el veto á la ciencia.

ESCENA IX

Los mismos.—EL MARQUÉS DE ABDALÁ, caballero de edad madura, de gallarda y noble presencia, barba gris. Viste con elegancia. Su porte y maneras revelan al prócer opulento.

MARQUÉS.—(Presuroso.) Solís, aquí me tiene usted.

SOLÍS.—Querido Marqués, le mandé recado urgentísimo... ¡Ya supondrá...!

MARQUÉS.—¿Hemos llegado á una situación de verdadera gravedad?

SOLÍS.—Estamos en un desfiladero estrechísimo: aquí la vida, aquí la muerte.

MARQUÉS.—¡Qué dolor! El caso es que... (Reparando en los Varonas, que se apartan á la derecha.) Dispénsenme, no les había visto. (Les saluda friamente.)

VARONA.—Querido Alberto, no te ocupes de nosotros.

ELISEA.—(Llorosa, al Marqués, pasando á la izquierda.) El caso es terrible, de resultado muy dudoso.

MARQUÉS.—Calma. (Formando grupo á la izquierda los tres.) No perdamos la serenidad. (A Solís.) Resueltamente, usted no se siente capaz...

SOLÍS.—Yo soy la incertidumbre, la remota probabilidad de acierto.

MARQUÉS.—¿Pero se trata de algún milagro?

SOLÍS.—Tal vez. Acudamos á Dios, que los hace cuando quiere, ó á Guillermo Bruno, que los hace... cuando puede.

MARQUÉS.—Convinimos en que ustedes indicarían á Paulina...

SOLÍS.—Francamente, yo no me atreví...

ELISEA.—El asunto es delicadísimo, espinoso...

MARQUÉS.—(A Elisea.) Nadie como usted podría plantear ante Paulina el problema terrible...

ELISEA.—Yo haré lo que usted me mande. Nada temo. Alientos para todo me da mi fe. Pero sigo creyendo que usted, Marqués, y sólo usted, sabrá poner ante los ojos de mi sobrina esta endiablada realidad.

MARQUÉS.—¿Y Solís, qué opina?

SOLÍS.—Lo mismo que esta señora.

MARQUÉS.—Pues bien: aquí estoy yo. (Desalentado.) Desconfío mucho de salir airoso. El caso es extremadamente complejo, y en él se cruzan y enredan sentimientos muy respetables; odios... también dignos de respeto... Podríamos, quizás, vencer estos obstáculos, si no existiera en el alma de Paulina un instintivo terror de su marido, pasión tan honda que no hay razonamiento que la destruya. Yo conozco ese miedo; yo he podido verlo y comprobarlo adormecido en su alma, como una fiera fatigada... Tengo por muy peligroso el despertar de la fiera... Pero si no hay más remedio, vamos allá.

SOLÍS.—Vamos: no pensemos más que en la salvación de esa criatura.

MARQUÉS.—¿Y si luego resulta que el chiquitín no se salva?

ELISEA.—Nuestro deber es apurar todos los medios...

SOLÍS.—Y proceder activamente, Marqués.

MARQUÉS.—(Con decisión.) Pues activamente, ea... Y lo primero será... (Volviéndose hacia el otro grupo.) ¡Varonita!

ADOLFO.—(Diligente y oficioso.) ¿Puedo serle útil?

MARQUÉS.—Utilísimo. Tienes que sustituirme en el Jurado de las carreras de motociclos.

ADOLFO.—¡Qué honor para mí!

MARQUÉS.—No tardes en comunicarlo á nuestros amigos. Dis-

cúlpame. Ya sabes... Que no puedo faltar de aquí... que vas en mi lugar...

ADOLFO.—Al momento, si mamá me deja.

MARQUÉS.—Varona... (Acude Varona presuroso. Adolfo habla con su madre.)

VARONA.—¿Puedo servirte en algo, Alberto?

MARQUÉS.—Sí... En este momento histórico, tu mujer y tú... me estorbáis.

VARONA.—Ella será la que moleste con el tufo asfixiante de su sabiduría.

MARQUÉS.—Los dos... sólo por un momento. ¿Por qué no te la llevas á dar un paseíto?

VARONA.—Precisamente me hablaba de irnos á la iglesia y mandar alumbrar los altares de San Antonio, de San Blas, abogado contra los males de garganta...

MARQUÉS.—Vais á la iglesia; luego volvéis aquí, y trataréis de llevaros á Paulina á vuestra casa.

VARONA.—Comprendido.

MARQUÉS.—(Dirígese á Natalia muy cortés.) Natalia, amiga mía, completamente de acuerdo con usted... Ya me ha dicho Varona...

NATALIA.—¡Ah! sí... que en los trances de vida ó muerte, sin desconfiar del poder de la ciencia, debemos elevar nuestras miradas á un poder más alto...

MARQUÉS.—Soy hombre espiritual, aunque usted no lo crea.

NATALIA.—¡Oh, sí: por tal le tengo!... Y si usted me lo permite, le dejo con la ciencia, que éste es el puesto de usted, Alberto, y me voy á donde pueda ser de alguna utilidad á esta familia... Vamos á rezar. (A su marido.) Voy por delante. (Vase con Adolfo.)

VARONA.—(Aparte al Marqués.) Dime, Alberto, ¿qué santo es el abogado contra las mujeres sabias?

MARQUÉS.—Ese santo eres tú, Varona. Puedes alumbrarte á tí mismo.

VARONA.—Tienes razón... Volveré á saber lo que ocurre. Soy el santo de mi propia devoción... Me alumbro. (Vase por el fondo.)

ESCENA X

El Marqués, Sor Elisea, Solís, Paulina.

Paulina.—(Asomándose por la derecha.) ¿Se van al fin?

Marqués.—Entra sin miedo.

Paulina.—O yo estoy trastornada, ó el niño... paréceme que respira (Imitando la respiración del niño) así... con más descanso... Ven, Elisea; venga, Doctor...

Elisea.—Vamos. (El Marqués coge de una mano á Paulina, deteniéndola suavemente.)

Marqués.—Quédate aquí un instante.

Paulina.—(Sorprendida.) ¿Aquí? (Vanse Elisea y Solís por la derecha.)

ESCENA XI

El Marqués, Paulina; después Elisea y Solís.

Marqués.—No has de estar siempre al lado de Cristín. Elisea y Solís le asisten muy bien. Estate un ratito conmigo.

Paulina.—(Asustada, dejándose llevar al centro.) Alberto... ¿tienes algo que decirme?

Marqués.—Sí: no te asustes.

Paulina.—En el estado de mi espíritu, mi propia sombra me hace temblar... Siento la tierra moverse bajo mis pies... Veo el Cielo desplomarse sobre mi cabeza.

Marqués.—Sosiégate... Oyeme un instante. (Cariñoso.) ¿No te inspiro confianza? ¿Has podido temer ó sospechar que yo te cause algún daño?

Paulina.—(Alarmándose más á cada instante.) ¡Oh, no! De tí, del hombre incomparable, no espero yo más que bienes. (Se sienta.)

MARQUÉS.—¿Y no ves en mí la autoridad más dulce?

PAULINA.—¡Autoridad! ¿En quién sino en tí puedo verla y acatarla? Eres mi dueño... Has conquistado tu imperio sobre mí con tu bondad constante. Fuiste mi amparo cuando me ví en la mayor desolación de mi vida. Has sido después para mí como un maestro, que sabe poner en una sola lección la severidad y el cariño. A tí te debo la paz, la alegría... Me has enseñado á conocer el orden y á saborear la virtud, que también hay virtud dentro de la irregularidad en que hemos vivido, por no poder vivir de otra manera. ¿Cómo no has de tener tú autoridad, y yo confianza, gratitud sin límites?

MARQUÉS.—Pues si es así, allá van mi autoridad y todo mi cariño para decirte, para proponerte...

PAULINA.—¿Qué, Alberto?

MARQUÉS.—No desconoces que el estado de tu niño exige una determinación heróica... bárbara... Aprovechemos, hija, la feliz ocasión de tener en nuestra ciudad al primer artista de España, quizás del mundo, en estas sublimes obras de la ciencia...

PAULINA.—(Paralizada por el estupor y el miedo.) ¡Artista!... ¿Quién?

MARQUÉS.—Un hombre de extraordinario saber y experiencia, de habilidad suma...

PAULINA.—(Aterrada.) ¡Guillermo!... ¡mi marido... aquí! (Levántase. Corre hacia la puerta de la derecha, como á defender la entrada.)

MARQUÉS.—Aquí.

PAULINA.—Ya me lo decían medias palabras de Elisea y de Solís... ya me lo decía el espanto misterioso que desde ayer me ronda, me acecha.

MARQUÉS.—Sobreponte á un temor infundado.

PAULINA.—(Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Oh, Dios mío... yo pierdo la razón! ¡Guillermo!... ¡Y es preciso que él...!

MARQUÉS.—(Con energía.) Es preciso.

PAULINA.—Tú no le conoces.

MARQUÉS.—Sé que es la ciencia.

PAULINA.—Será la ciencia para los demás. Para mí es el castigo, la venganza... Alberto, por la Virgen, desiste. (Entran Elisea y Solís.)

ELISEA.—(Corriendo hacia Paulina.) Hija mía, borra de tu memoria todo lo pasado.

SOLÍS.—(Aparte al Marqués.) ¿Al fin...?

MARQUÉS.—Se hará... Afronto la responsabilidad. Salga usted conmigo un momento... (A Paulina.) Vida mía, las razones que no he podido darte, te las dará esta santa mujer. (Vase por el fondo con Solís.)

ESCENA XII

PAULINA, ELISEA; al fin, NICOLÁS.

PAULINA.—(Muy agitada, recorre la escena.) ¡Imposible! ¡Maldita ciencia! La de ese hombre fué siempre para mí funesta, y ahora será mortal.

ELISEA.—Dios te envía la ciencia: rechazarla será locura... y pecado.

PAULINA.—Eres una criatura inocente: desconoces el mundo de las pasiones. Ignoras cómo á unos les ennegrece el alma la honra ultrajada, á otros el amor ofendido. Eres una santa, Elisea; no conoces el mal más que por lo que de él te dicen las oraciones de tus libros de rezos. Yo sí lo conozco... lo he tenido cerca y dentro de mí... dentro, porque he sido mala.

ELISEA.—¿Los seis años que han pasado, no son bastantes á endulzar tanta amargura?

PAULINA.—(Con energía.) No. No pasa el tiempo para estos agravios tan hondos, ni para estas heridas tan en lo vivo. ¿Sabes tú cómo salí yo de la casa de Guillermo... sabes las abominaciones que le dije, las que la boca de él arrojó sobre mí? Yo le deshonré, yo le escarnecí... Contra él usé la provocación, la burla... Yo estaba ciega; él fué brutal.

ELISEA.—Me has dicho que fué justiciero.

PAULINA.—Según el criterio vulgar, tal vez... Antes del gran conflicto y escándalo, la vida común nos era imposible.

ELISEA.—Por culpa tuya.

PAULINA.—Al fin por culpa mía... pero antes fué suya la culpa. El creó, con su rigor absurdo, aquella incompatibilidad, aquella repulsión... Se desvivía locamente por adaptar á su sér el sér mío. Quería matar en mí todo lo que es fino, todo lo sutil, lo gracioso, lo que es y será eternamente alma y ornamento de la mujer... Nos aborrecíamos; deseábamos, yo al menos, ocasión de huir, de separarnos para siempre.

ELISEA.—Fuera, fuera toda esa lepra de rencores. Piensa en tu hijo, que quizás no vea el día de mañana.

PAULINA.—(Agitadísima.) ¿Pues en qué pienso yo más que en mi adorado Cristín? (Con amarga convicción.) ¡Inocente! ¿Crees tú que si ese hombre entra en mi casa y pone las manos en mi hijo, éste quedará con vida?

ELISEA.—¡Jesús, qué abominación!

PAULINA.—Y á mí me mataría también si pudiera... Yo, sin duda, lo merezco... ¡pero el pobre niño inocente...! No, no: mátele Dios, no ese hombre despechado y vengativo.

ELISEA.—Hija del alma, serénate...

PAULINA.—(Con desvarío.) Pero él no vendrá, aunque le llaméis cien veces. ¿Creéis que olvidará sus agravios para salvarme al niño mío? No. Frío y despiadado, dirá... me parece que le oigo, dirá: «Que se mueran, que se mueran el hijo y la madre...»

ELISEA.—No dirá eso, no.

PAULINA.—Y si no lo dice y viene, peor. Ahora resuenan en mis oídos sus últimas palabras en aquella noche terrible... Las oigo, Elisea; las oigo. (Trastornada, tapándose los oídos.)

ELISEA.—(Queriendo aplacarla.) No... por la Virgen Santa, no. Sosiégate.

PAULINA.—Las oigo. (Imitando la voz de su marido.) «Vete, villana... huye, escóndete... Pero ten por cierto que algún día, cerca ó lejos, aquí ó en el último rincón del mundo, cuando más descuidada estés, me llegaré yo á tí para castigarte.» (Tapándose con más fuerza los oídos.) No quiero, no quiero...

ELISEA.—¡Pobrecita de mi alma! La debilidad, el insomnio y tu inmensa pena, te llenan el cerebro de fantasmas.

PAULINA.—(Consternada.) Ay, Elisea, divina mujer, aparta de mi cabeza estos terribles pensamientos.

ELISEA.—Hazte á la idea de que Guillermo ha olvidado sus agravios; de que es benigno, no rencoroso.

PAULINA.—Más fácil me será resolver en mi mente todos los problemas del Universo, que ordenar aquí mis ideas para creer lo que me dices.

ELISEA.—Tu mente está turbada. Esa locura no es más que un estado de conciencia.

PAULINA.—(Afligida, llorosa.) Ayúdame tú, Elisea, á combatir esta locura y á dar paz á mi conciencia.

ELISEA.—Nada te dará tanta paz como atender á la salvación de tu hijo.

PAULINA.—(Con grandísima emoción.) Sí, sí. (Abrazándose á Elisea.) Pidamos á Dios tú y yo, con todo el fervor de nuestras almas, que nos deje á Cristín, que no nos quite á Cristín... Pero que le salve Él solo, Dios solo... sin que intervenga ese hombre. ¿Para qué necesita Dios del auxilio de Guillermo?

ELISEA.—No es que necesite... Pero Guillermo es la ciencia.

PAULINA.—¿Y qué es la ciencia más que vanidad? (Pasa á la izquierda.)

ELISEA.—La ciencia es de Dios.

PAULINA.—No, no: pidamos á Dios que venga á nosotros Él solo... Dios solo... sin nadie... Ese no... la ciencia no.

NICOLÁS.—(En la puerta.) Un señor... (Súbitamente se desprende Paulina de los brazos de Elisea, mirando á la puerta. Aparece Guillermo Bruno, que aparta al criado con gesto de impaciencia, y entra. Al verle, Paulina lanza un grito de terror, y huye despavorida por la derecha. Da algunos pasos Guillermo en ademán de interrogar á Elisea acerca de la fuga de Paulina.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO, SOR ELISEA, en la misma actitud que tenían al terminar el acto primero.

GUILLERMO.—Si la señora de la casa se espanta de mí, ¿para qué me han llamado?

ELISEA.—(Sin saber qué decir.) Ella no quería. Tiene sus razones. Los demás... hemos creído que en estas graves circunstancias era forzoso acudir á usted, mirando á su fama, sin acordarnos de... de... Dispénseme, señor, si me obstino en no ver hoy en usted más que al gran médico... sapientísimo... y de ninguna manera al esposo de Paulina.

GUILLERMO.—Está bien. Quédese en la calle el que padeció mal de matrimonio amarrado á esa loca, y entre en la casa el que supo echarla de su lado para poder consagrarse libremente al estudio.

ELISEA.—Señor, yo le suplico que deje en paz á mi sobrina...

GUILLERMO.—Sí, sí: en paz la dejo como á los difuntos... ¿Y usted es Elisea Mora, tía carnal de...?

ELISEA.—Para servir á Dios y á usted.

GUILLERMO.—Recuerdo cuando entró usted en el Noviciado de San Vicente...

ELISEA.—A usted le conocía yo de nombre. Ya era profesor notable cuando yo entré en religión, ocho años há...

GUILLERMO.—¿No estuvo usted en el Hospital de Niños de Madrid?

ELISEA.—Sí, señor. Luego fuí trasladada al General de aquí. A esta casa me ha traído la grave enfermedad del niño...

GUILLERMO.—No ha sido poca suerte para esa mujer... (Sin desatender la conversación, observa toda la estancia, y principalmente los juguetes esparcidos en ella.)

ELISEA.—No hable usted de ella con menosprecio, sino con lástima... Y bien merece mis cuidados el pobre Cristín, que es un ángel. (Cándidamente.) ¿Le incomoda á usted oirme decir que es un ángel?

GUILLERMO.—No me importa. Llámele usted como quiera. Pero ese niño, ¿dónde está?

ELISEA.—Aguarde usted un momento. (Inquieta, se asoma á la puerta de la derecha.) Siento la voz de Paulina.

GUILLERMO.—Y yo. La reconozco. (Brusco y severo.) Es el tonillo de la mujer impertinente y mimosa que, cuando no puede imponer su voluntad con razones, quiere imponerla con chillidos y lloriqueos...

ELISEA.—(Asustada.) Señor, no se incomode. (Escuchando.) Ya, ya se calma...

GUILLERMO.—Es que no quiere verme... no quiere poner al chiquitín en mis manos. (Enojado.) Ea, ya estoy de más aquí. (Dirígese á coger su sombrero.)

ELISEA.—Señor, no tenga mal genio... ¿Pero qué hace usted?

GUILLERMO.—Marcharme.

ELISEA.—(Quítale el sombrero.) No, por Dios. Paulina es muy nerviosa...

GUILLERMO.—Esas, esas son las peores: las que con la pantalla de los nervios encubren sus ideas infames y sus veleidades caprichudas... Esperaré un poco. (Examina los juguetes: coge algunos, los deja, y se asombra de ver más y más.) ¡Qué sorprendente variedad de juguetes! ¡Y algunos qué magníficos! Dígame usted, Hermana Elisea: ¿juegan aquí á los caballitos y á los soldaditos las personas mayores?

ELISEA.—No, señor... El niño... el niño es el que juega.

GUILLERMO.—¡Niño de príncipes! Pues ese Marqués de Abdalá, por quien estoy aquí, tampoco quiere verme...

ELISEA.—Sin duda, una delicadeza extremada le retrae...

GUILLERMO.—Ya...

ELISEA.—No mire usted al Marqués con malos ojos, doctor. Es

un hombre excelente, aunque esté en pecado mortal. Quiero decir que...

GUILLERMO.—Mucho.

ELISEA.—¿Se incomoda usted porque le digo que es el Marqués una bellísima persona, adornada de las más hermosas cualidades que Dios concede á las criaturas?

GUILLERMO.—No me incomodo... Ya tenía yo noticia...

ELISEA.—Es benigno sin zalamería, generoso sin despilfarro; tiene talento, don de gobierno, energía...

GUILLERMO.—Y con tantas perfecciones, pecador y condenado...

ELISEA.—Dios permite que el mal y el bien anden alguna vez por el mundo cogidos del brazo. Con su talento y su bondad, este señor ha transformado á Paulina, haciendo de ella una mujer honrada; es decir, que sería ó acabaría de ser honrada si ella y él estuvieran unidos con el santo vínculo...

GUILLERMO.—¡Lástima que no pudieran...!

ELISEA.—¡Sí, señor, que es lástima...!

GUILLERMO.—Y ello no es difícil. Con que yo me muriera ó me mataran.

ELISEA.—(Retrocediendo asustada.) ¡Ay, ay, qué tonta he sido! Perdóneme, señor: no quise decir...

GUILLERMO.—Pues viviendo yo, ¿cómo lo va usted á arreglar?

ELISEA.—De ninguna manera... Yo no pretendo arreglarlo, ni esto tiene arreglo... ¡Qué complicación, qué laberinto!... Lo que es bueno para unos, es para otros detestable.

GUILLERMO.—Y todos descontentos, desquiciados, ¿no es eso? Todos en pecado mortal. ¿De quién es la culpa?

ELISEA.—¡Ay, no lo sé! Créame, señor: es lástima que usted no pueda enterarse de la buena conducta de mi sobrina, de su transformación.

GUILLERMO.—¿Y para qué quiero yo enterarme de eso?

ELISEA.—(Confusa.) Pues... para su satisfacción... para...

GUILLERMO.—(Con desabrimiento.) Más satisfecho estoy ignorándolo.

ELISEA.—(Aparte, asustada.) ¡Ay, qué genio, Señor, qué genio!

ESCENA II

Los mismos.—JUANA, SOLÍS, NICOLÁS; después ADOLFO.

JUANA.—(En la puerta de la derecha.) Ya pueden pasar.

ELISEA.—¿Habéis podido convencerla?

JUANA.—Nosotras, no. El señor Marqués la sacó casi á viva fuerza del cuarto del niño, y la llevó á las habitaciones altas.

SOLÍS.—(Por el fondo, presuroso.) Aquí estoy, maestro. (Tras él entra Nicolás á recibir órdenes.)

GUILLERMO.—¿Terminó usted en el Hospital?

SOLÍS.—De prisa y corriendo, por no hacer esperar á usted.

GUILLERMO.—¿Podemos pasar ya?

ELISEA.—Sí, señor. La pobre Paulina, débil y temerosa, retrocede ante el dolor.

GUILLERMO.—La debilidad y el miedo nada tienen que hacer aquí. Nosotros, Hermana, nosotros los fuertes, haremos frente al mal humano.

SOLÍS.—¿Lo derrotaremos?

GUILLERMO.—Veamos ante todo el campo de batalla. (Se van por la derecha; les sigue Juana; Elisea va la última. En la puerta da órdenes á Nicolás.)

ELISEA.—Esté usted al cuidado para todo lo que ocurra. (Aparece Adolfo por el fondo; se queda en la puerta atisbando el paso de los médicos.)

ADOLFO.—(Aparte.) ¡Marcha al sacrificio... coro de sacerdotes! (Alto.) Nicolás.

ESCENA III

ADOLFO, NICOLÁS; después NATALIA.

NICOLÁS.—Señorito.

ADOLFO.—¿Está el Marqués?

NICOLÁS.—Subió con la señora á las habitaciones altas. Al poco rato salió. Debe de estar en su casa.

ADOLFO.—Era para decirle que hemos acordado suspender las carreras de motociclos... hasta que él pueda asistir.

NICOLÁS.—¿Quiere que se lo diga por teléfono?

ADOLFO.—No, no... sería impertinencia... en día de tanta inquietud.

NATALIA. (Por el fondo.) ¿Tampoco está aquí tu padre?

ADOLFO.—Ya ves, mamá: no está. (A Nicolás.) ¿Saldría con el Marqués?

NICOLÁS.—No, señor. El señor de Varona está en la Cantina Americana. (Indicando un sitio próximo en la misma calle.) Ahí, á dos pasos.

ADOLFO.—¿Solo?

NATALIA.—No preguntes tal tontería, hijo. Estará en compañía de una botella de coñac.

NICOLÁS.—Perdóneme la señora: la botella que le hace compañía no es de coñac, sino de *champagne*, de la señora viuda de Clicquot. Con su permiso... (Se retira.)

NATALIA.—¿Ves? Lo que te dije. Y menos mal que busca su alegría en un licor noble... He conseguido curarle del coñac, que le inclinaba locamente al Socialismo y al Politeísmo.

ADOLFO.—¿Y crees tú que con el *champagne*...?

NATALIA.—Siempre será menos disolvente en sus desvaríos.

ADOLFO.—¿Quieres que vaya por él?

NATALIA.—No: dejémosle que busque su alegría insana, menospreciando la que yo le ofrezco con mi trato dulce,

festivo, cariñoso... La grosería que hoy me ha hecho es imperdonable. Sabes que salimos de aquí para ir á la iglesia... Pues en cuanto me dió agua bendita, hizo el quiebro, diciendo *hasta ahora*, y no he vuelto á verle... De la ira no he podido rezar. Salí á buscarle... Te encontré en la puerta del Casino...

ADOLFO.—(Bajando la voz y señalando á la derecha.) ¿Sabes, mamaíta, que ya...?

NATALIA.—Al pasar por aquí ví entrar al tigre científico... Habrá carnicería. (Suenan timbres en el interior de la casa.)

ADOLFO.—No olvides, mamá, lo que nos encargó el Marqués.

NATALIA.—Sí, sí: que al empezar la tragedia, cojamos á Paulina y nos la llevemos á casa. (Ven salir á Teresa por la izquierda.) ¿Tu señorita, dónde está?

ESCENA IV

NATALIA, ADOLFO, TERESA.

TERESA.—Arriba. Ya se va sosegando.

NATALIA.—Nos encargó el Marqués que la lleváramos á casa.

TERESA.—Sacarla de aquí me parece difícil, diré más bien imposible. No quiere estar junto á su hijo, ni tampoco demasiado lejos.

NATALIA.—¿Qué hace arriba?

TERESA.—Llora tranquilamente, reza...

ADOLFO.—En casa tenemos oratorio. (Suenan timbres.)

NATALIA.—¿Sabrá que estamos aquí, que la esperamos?

TERESA.—Yo se lo diré luego... Dispénsenme... llaman. (Vase corriendo por la derecha.)

ESCENA V

NATALIA, ADOLFO.

ADOLFO.—¿Qué hacemos, mamá? ¿No crees que debemos retirarnos?

NATALIA.—(Con resolución, después de corta duda.) No: aquí me planto. (Se sienta.)

ADOLFO.—¿Importunaremos?

NATALIA.—El espíritu de observación, que tanto ayuda al conocimiento humano, tiene derecho á entrar y permanecer en todas partes.

ADOLFO.—¿El espíritu de observación?

NATALIA.—Sí, hijo mío: esa preciosa cualidad y yo somos como las moscas. Nos espantan, y volvemos.

ADOLFO.—Pero no picamos.

NATALIA.—Observamos.

ADOLFO.—Por el momento, no parece que hay cosa de interés. (Acércase á la puerta de la derecha, y escucha.) Los médicos y Sor Elisea están de conversación.

NATALIA.—Los farsantes científicos no dan comienzo á sus manipulaciones sin un poco de *pose* y *mise en scene.*

ADOLFO.—(Vuelve junto á ella.) Dí, mamá, ¿no deseas tú que esos doctores acierten?

NATALIA.—Hijo, sí: ¡qué duda tiene! Pero yo digo: pregúntese á las criaturas qué prefieren entre este mundo miserable y la gloria celestial; déseles discernimiento para exponer con sinceridad su deseo, y ya se verá lo que responden. Para ellos, la elección no puede ser dudosa.

ADOLFO.—Mamita, mejor será que las criaturas no nazcan... ó al menos no traerlas á la vida sin pedirles antes su consentimiento. Se les preguntaría: «¿señoritos, quieren ustedes que les traigamos del otro mundo á éste?» Yo te apuesto lo que quieras á que todos dirían que sí.

NATALIA.—(Burlándose.) ¿Es chiste, Adolfín?

ADOLFO.—Me ha salido mal.

NATALIA.—¡Tonto!

ADOLFO.—En fin, mamá, yo deseo á Guillermo Bruno un éxito feliz. Me interesa mucho Cristín, y también su pobre madre.

NATALIA.—Más la madre que el hijo. (Adolfo deniega con fingido asombro.) Sí... Cristín no es más que un juguete. No te importaría que Dios lo rompiera, con tal que Paulina jugara contigo á los amorcitos.

ADOLFO.—¡Mamá...!

NATALIA.—Ya ves con qué fina puntería he dado en el blanco de tus pensamientos. (Se levanta.)

ADOLFO.—No aciertas... mala puntería tienes hoy.

NATALIA.—La moralidad no es en tí más que un vestido, un uniforme de gala, con sombrero y plumacho muy altos. Mas por dentro chorrea en tí la corrupción de los tiempos.

ADOLFO.—Te equivocas... yo...

NATALIA.—Eres como tu padre, que prefiere la espuma del *champagne* á mi dulce compañía; como tu padre, que preside congregaciones piadosas y vería con gusto mi muerte para quedarse libre y correr la pólvora de los amoríos fáciles. Pero se fastidia, porque yo pido á Dios que me conceda larga vida; ¿y qué ha de hacer Dios más que concedérmela?

ADOLFO.—¡Oh, qué mala idea tienes hoy de tu hijo! ¿Me has tomado por un yerno, mamita? ¿Merezco yo ese juicio pesimista?

NATALIA.—No es pesimismo: es observación, es convencimiento, dominio de todo el campo de la maldad humana. (Entra por el fondo Varona, risueño y animado. Hállase en un estado psicológico de alegría, conservando su dignidad y modos corteses.)

ESCENA VI

NATALIA, ADOLFO, VARONA.

VARONA.—¡Me gusta, me gusta la santa pachorra! Aquí descansaditos, y yo loco buscándoos por toda la ciudad.

NATALIA.—¡Farsante, vicioso! ¡El perdido se atreve á decir que nos busca!

VARONA.—Te pierdes tú, cara esposa, para darme el gusto de hallarte.

NATALIA.—¡Esquinazo me diste en la santidad del templo!

VARONA.—Te dije: «perdóname un momento, dulce Nata, que mi espíritu, vacilante y triste, se cae de un lado, y necesito... apuntalarlo.»

NATALIA.—¡Indigno!

ADOLFO.—Mamá, sé indulgente...

VARONA.—Me apuntalé... volví desalado á la iglesia, y no encontrándote en ella, hablé con el Rector, y juntos dispusimos el alumbrado...

NATALIA.—Calla, idiota.

VARONA.—El alumbrado de imágenes, como se había convenido. Innumerables luces aparecieron, una tras otra, en la obscuridad, imitando á las constelaciones del cielo. Con gozo inefable las miraba yo, y mi dicha habría sido completa si allí estuviera mi amable esposa.

NATALIA.—(Iracunda.) Calla, serpiente: tu alegría repugnante profanó la iglesia, y ahora profana esta casa del dolor.

VARONA.—Mujer, esposa mía, no podrás negarme que esta alegría, que en mí resplandece con la dignidad más noble sostiene mi vida, entona mis facultades. Ella me ilumina el entendimiento, y me mete aquí toda la Filosofía aristotélica y el *Novum organum* del amigo Bacon. Puedes creérmelo... (Ríe. Abre los brazos, llamando á ellos á su hijo.) Adolfo, niño frígido y pudoroso... (Adolfo vacila en dejarse abrazar.) Abrázame... Hijo del alma, tu padre se felicita de tu virtud. (Queriendo abrazar á Natalia, que le re-

chaza.) Esposa dulcísima, espejo de la sabiduría, archivo de la benignidad, piedra angular de la rectitud, de la... (Paulina entreabre la puerta de la izquierda, y asoma la cabeza y busto con precaución y recelo.)

ESCENA VII

Los mismos.—PAULINA.

PAULINA.—¿Quién está ahí?

VARONA.—¡Oh, Paulina!

ADOLFO.—Aquí están sus buenos amigos... (Paulina entra despacio, recelosa.)

NATALIA.—(Avanzando hacia ella.) Veo que es usted más valiente de lo que creíamos.

ADOLFO.—(A su padre, que quiere hablar.) Papá, silencio ahora.

PAULINA.—El miedo me hizo cobarde... pero ya... mi cobardía se ha vuelto animosa.

ADOLFO.—¿Querrá usted venir con nosotros?

NATALIA.—A nuestra casa dijo el Marqués.

VARONA.—O á la iglesia.

PAULINA.—(Con desvarío.) ¿Para qué? Dios no me quiere á mí. Cuando le pido mi tranquilidad y la salvación de mi hijo, ¿qué hace Dios? Coger mi pasado y arrojármelo á la cara, vivo, candente.

NATALIA.—(Aparte.) Mal anda esa cabeza.

VARONA.—(Cariñoso.) Paulina, Paulinita, no hay motivo para tanta aflicción.

PAULINA.—¿Y saben ustedes lo que es mi pasado? Mi pasado es la ciencia, que quiere arrebatarme á mi hijo para llevárselo al Cielo. Al Cielo lleva la ciencia todos los hijos que roba.

VARONA.—¡Oh! no...

ADOLFO.—(Aparte.) ¡Cómo delira la infeliz!

VARONA.—(Con vehemencia, á Natalia y á su hijo.) ¿Pero qué hacéis? Consoladla... Llevad á su mente ideas de esperanza.

NATALIA.—(Acariciando á Paulina.) Yo también desconfío de la

ciencia, porque veo privados de virtud á los hombres orgullosos que la cultivan. Santos, digo yo; santos debieran ser los cultivadores de la ciencia, para que ésta fuese eficaz en sus manos.

PAULINA.—(Con estupor, apagada la voz.) Y no son santos: son demonios. (Pasa á la derecha. Se sienta, mirando al suelo con expresión tétrica.)

ADOLFO.—(Aparte á Natalia.) Háblale con menos desaliento, mamá.

VARONA.—(Aparte á Natalia y Adolfo.) Vosotros los de la cáscara dulce, fortalecedla, levantad su espíritu.

ADOLFO.—(Aparte á Natalia.) Es más cristiano inspirarle confianza en la ciencia.

NATALIA.—Paulina es mujer fuerte. No quiero fascinarla con espejismos engañosos.

PAULINA.—Natalia tiene mucho talento. Me enseña el pesimismo; prepara mi alma para el dolor.

VARONA.—(A Natalia.) Tú, dale ánimos.

NATALIA.—Es tontería sembrar de flores un camino en cuyo término está el desengaño.

ADOLFO.—(A Paulina, muy afectuoso.) No haga usted caso. Mi madre se pone siempre en lo peor. Luego celebramos sus equivocaciones.

VARONA.—Se equivoca siempre... No dude usted, Paulina; no tema nada...

ADOLFO.—Confíe en la ciencia.

PAULINA.—La ciencia me aborrece.

VARONA.—(Con arranque.) No, no; mil veces no. Cristín se salvará... Créalo usted como lo creo yo... que veo claro... clarísimo... Mi mente es un foco de luz... Esta no ve nada: su mente es un desván tenebroso sin ningún resquicio por donde pueda entrar claridad del cielo ni de la tierra.

NATALIA.—(Aparte, indignada.) ¿Hase visto majadero semejante?

VARONA.—Crea usted en mí, Paulina... Me siento filósofo, me siento adivino. El niño vivirá... y que rabie el Purgatorio, digo, el Infierno.

ADOLFO.—(Argumentando á Natalia.) Debemos decírselo así, aunque no lo creamos.

PAULINA.—(A Varona.) No creo... no espero nada.

Varona.—(Alto, á Paulina.) *Sursum corda...* Arriba los corazones.

Natalia.—(A la izquierda, con Adolfo.) No puedo ver esta burla que hace tu padre de las soberanas leyes del espíritu... Con tales tonterías, le cerráis el camino para un hermoso arrepentimiento.

Varona.—(A Paulina.) No haga usted maldito caso de esta sibila fúnebre.

Natalia.—(Desabrida, orgullosa.) Esto es intolerable, hijo. Vámonos de aquí.

Adolfo.—(Desconsolado.) ¿Ahora...?

Natalia.—(Impaciente.) Acompáñame á casa.

Adolfo.—¿No va papá contigo?

Natalia.—¿Conmigo ese bufón? Su alegría nos envilece. Ven. (Le coge del brazo.)

Adolfo.—(Queriendo despedirse de Paulina.) Déjame que...

Natalia.—(Despótica.) Suprime las despedidas. (Adolfo se resiste. Tira de él Natalia con gesto iracundo.) Desobediente... Si entenderás lo que te mando.

Adolfo.—Oye una razón.

Natalia.—No hay razones... Yo soy la verdad, la única verdad. (Se le lleva rápidamente por el fondo, cogido del brazo.)

ESCENA VIII

Paulina, Varona.—Teresa; después Juana, Guillermo, Nicolás.

Varona.—La sibila funeraria levanta el vuelo hacia las tumbas. Queda aquí la esperanza.

Paulina.—(Sombríamente.) No hay esperanza: la esperanza no existe, no existió jamás.

Teresa.—(Por la derecha. Asombrada de ver á Paulina, corre hacia ella.) Señora, ¿qué hace aquí? (Cogiéndola suavemente del brazo, la lleva hacia la izquierda.)

Paulina.—(Alelada.) No sé: déjame. (Se sienta junto á la puerta.)

TERESA.—¿Por qué no vuelve la señora á las habitaciones altas?

PAULINA.—Déjame aquí. Ya no tengo miedo.

VARONA.—(Llevando aparte á Teresa, le pregunta si ha empezado la intervención quirúrgica.) ¿Ya...?

TERESA.—(Aparte á Varona.) No, señor. Aún tardarán. (Entra Juana por la derecha. Detrás Guillermo.)

JUANA.—Aquí puede el señor escribir. (Siéntase Guillermo junto á la mesa, y escribe. Varona y Teresa se agrupan junto á Paulina para ocultarla de la vista de Guillermo. Juana va hacia el fondo y llama á Nicolás, que entra luego.)

PAULINA.—(Sobrecogida y trémula, bajando la voz.) Es el monstruo, es el verdugo...

TERESA.—(Aparte á Paulina.) Señora, no tema nada.

PAULINA.—(Temblando.) Teresa, Varona... acercarse más á mí... Taparme bien para que no me vea.

GUILLERMO.—(Cierra la carta que ha escrito, y la da á Nicolás.) Lleve usted esta carta á mi casa... Ya sabe.

NICOLÁS.—Sí, señor.

GUILLERMO.—Allá le darán lo que pido. Vuelva sin tardanza. (Vase Nicolás. Habla Guillermo con Juana.) No hay peligro inminente. Podemos aguardar sin cuidado alguno... Que sigan formando la atmósfera húmeda. (Notando algo extraño en el otro grupo.) ¿Quién está ahí?

JUANA.—(Tímidamente.) Es la señora... (Detiénese un rato en la puerta de la derecha.)

GUILLERMO.—¡Ah! (Se levanta; da algunos pasos; toma un acento bondadoso.) ¿Pero aún tiene miedo esta buena señora? ¡Miedo!... ¿de qué? (Vase Juana; Teresa y Varona se apartan. Paulina conserva su actitud de terror, sin mirarle.)

VARONA.—Señor Doctor, yo procuro tranquilizarla.

GUILLERMO.—¿Es usted amigo de la casa?

VARONA.—Joaquín Varona, amigo íntimo de Alberto Abdalá. Hoy... siento que un generoso altruísmo inunda mi alma... soy un poco filósofo...

GUILLERMO.—El Marqués me autoriza hoy, por conducto de Solís, para cerrar la puerta á las visitas... sin exceptuar las filosóficas.

VARONA.—(Turbado.) ¡Oh! no importuno... Gracias... digo... usted dispense. (Se retira hacia el fondo, haciendo cortesías.)

TERESA.—(Aparte á Varona.) Don Joaquín, su simpática señora le aguarda en la iglesia.

VARONA.—Me voy á la iglesia de esta calle. (Vase por el fondo. Con un gesto despide Guillermo á Teresa.)

ESCENA IX

GUILLERMO, PAULINA.

GUILLERMO.—(Sin dar un paso más hacia su mujer, dice en tono natural.) Paulina. (Esta continúa inmóvil, sin mirarle. Guillermo, alzando más la voz, pronuncia el nombre con enérgica rotundidad.) ¡Paulina! (Esta se levanta lentamente, permaneciendo rígida, sin mirarle.) ¿Aún me tienes miedo? (Pausa.) Responde... Mírame frente á frente, como yo á tí. El miedo se quita fijando la mirada en lo que nos asusta, en lo que odiamos. (Pausa, Paulina vuelve despacio la cabeza, y le mira.) Así... Ahora dime: ¿por qué me has recibido con tanta descortesía, huyendo de mí?

PAULINA.—(Balbuciente.) Porque... no quería... no quiero que tú...

GUILLERMO.—Dame una razón clara.

PAULINA.—La... la terrible discordia que nos separó... la idea que tengo de tu malquerencia... son razones bastantes para que yo te diga: «Guillermo, no pongas tus manos en mi hijo inocente...»

GUILLERMO.—¡Pobre mujer! Al cabo de seis años, encuentro en tí el mismo desconocimiento de la vida y de los fines humanos, la misma costumbre insana de dar giros fantásticos á las ideas más vulgares y sencillas. Eres lo mismo, Paulina: no has cambiado nada.

PAULINA.—Déjame como soy. Yo no te llamé.

GUILLERMO.—(Sereno.) No quieres verme. Pues yo celebro esta fatalidad que hoy nos pone frente á frente... Acércate... No temas nada. Podemos hablar un buen rato. La ciencia, que tanto te aterra, no puede hacer nada hasta dentro de media hora. Verás... De lo que hablemos hoy

podrá resultar tu tranquilidad... y también la mía... porque yo también temo, Paulina: te temo á tí, y á mí mismo. Siéntate. (Paulina permanece inmóvil.) ¿No me oyes? (Alzando la voz y golpeando fuertemente la silla próxima.) ¡Siéntate te digo! (Pausa. Corrige la aspereza de su tono.) Vamos, mujer, te lo suplico. (Siéntase Paulina en el borde de la silla; Guillermo donde estuvo antes.) En estos seis años, sobre las vidas deshechas, cada uno ha labrado nueva vida... Es natural... En este tiempo nunca me habrás echado de menos.

PAULINA.—Nunca. Ni tú á mí tampoco.

GUILLERMO.—Una prueba más de que estábamos locos ó tontos de remate cuando nos casamos. «¿Pero cómo, he dicho yo mil veces, se nos pudo ocurrir tal desatino?» ¿No te espantas ahora de que dos seres racionales perdieran el sentido hasta lanzarse al abismo sin fondo? ¿No te espantas como yo...?

PAULINA.—(Serenándose.) Lo mismo. Mayor, mayor que el tuyo es mi espanto.

GUILLERMO.—Aberración fué de tus padres, alucinados por mis primeros éxitos. A poco de casarnos, estalló la guerra. En nada concordábamos.

PAULINA.—En todo disentíamos. (Con viveza.) En todo absolutamente, porque desde los primeros días...

GUILLERMO.—Habla, no te turbes...

PAULINA.—(Animándose.) Eras un hombre insufrible.

GUILLERMO.—Un hombre insufrible. Adelante.

PAULINA.—Querías que tu mujer se encerrara contigo en aquel laboratorio...

GUILLERMO.—Triste, feísimo... Sigue. Yo quería que estuvieras siempre muy seria, con tu delantalito hasta los pies...

PAULINA.—Que te copiara fórmulas antipáticas con terminachos científicos... que aborreciera los teatros y todas las artes que recrean el espíritu.

GUILLERMO.—Esa ha sido tu principal queja. ¿Qué más?

PAULINA.—Nada... que tu afán era hacer de mí una sabia inaguantable.

GUILLERMO.—Alto ahí. Yo no quería hacer de tí una sabia. Me contentaba con que dieras á mi hogar el ambiente necesario para mis estudios, labor áspera, cada día más

penosa. No pretendía yo que sacrificaras todo tu sér voluble, imaginativo, fantasioso, sino una parte de él. Quería yo que te asomaras conmigo á la ciencia, no más que para tener yo el gusto de mostrarte sus maravillas más visibles, y para hacerte comprender que hay en el mundo algo más que modas, pasatiempos y frivolidades.

PAULINA.—En ese empeño fracasaste por tu genio durísimo, por el enojo con que calificabas la diferencia de nuestros gustos.

GUILLERMO.—(Vivamente.) No fracasé por eso, sino por tu educación deplorable. Tu padre, uno de estos españoles criados en la burocracia, y que en ella, á fuerza de no hacer nada, conquistan elevadas posiciones, tenía el flaco de las grandezas, no pensaba más que en alternar con los aristócratas y en imitarles como podía. Te puso en un colegio extranjero, donde se educan las hijas de los próceres y millonarios. De allí saliste sin saber cosa alguna de fundamento, y creyéndote igual á las señoritas nobles que fueron tus condiscípulas. Casada conmigo, seguías corriendo tras de aquel señorío elegante, pidiéndole un puesto en sus diversiones y tratando de rivalizar con él. No reparabas en que eras la mujer de un pobre aprendiz de la ciencia, que trabajaba sin descanso para atender á los apremios de nuestra vida. En esta disparidad de necesidades y de medios, llegaste á odiarme, Paulina; á renegar de todo lo que á mí me encantaba: mis estudios, mis libros, mis experimentos, mis preparaciones...

PAULINA.—Por nobleza de temperamento, por distinción natural de mi espíritu, á que yo no podía sobreponerme.

GUILLERMO.—¡Qué necedad! Cuanto más benigno y tolerante era yo contigo, transigiendo con eso que llamas nobleza y distinción de espíritu, más desabridamente y con más acrimonia te revolvías contra mí. Llegamos al mutuo aborrecimiento. Tus rebeldías se agravaban; iban de lo inconveniente á lo ilícito, y por fin... faltaste gravemente, descaradamente á la fe jurada.

PAULINA.—(Con arranque de sinceridad.) No lo niego, no puedo negarlo.

GUILLERMO.—¿Qué atenuación das á tus errores?

PAULINA.—(Sombríamente.) Ninguna: tu carácter tal vez, tu dureza... Estalló entre nosotros una guerra formidable.

GUILLERMO.—Y desigual. Por la condición propia de la mujer, tus armas eran más aceradas y hacían más daño. Las heridas que yo recibí fueron para mi honor mortales de necesidad.

PAULINA.—(Abrumada, sin aliento, se levanta.) Sí... es verdad... Guillermo, no renueves la lucha... Yo no diré una palabra más... Retírate de mi casa.

GUILLERMO.—Eso no: mi deber profesional aquí me ha conducido.

PAULINA.—Guillermo, tú no has venido aquí más que á mortificarme, quizás á... (Asaltada de una idea terrible.) Esta idea me enloquece. ¡Vienes, sin duda, con el propósito de hacer en mí una justicia terrible... ¿qué digo justicia?... venganza!

GUILLERMO.—(En pie.) En mi profesión no soy justo ni injusto, y menos vengativo. Soy hábil ó soy torpe.

PAULINA.—(Asaltada de terror.) Torpe serás ahora, porque te mueve el rencor, te mueve la ira contra mí. Yo te ofendí, Guillermo. Buscas la revancha.

GUILLERMO.—Por tu debilidad, por tus torpezas, no mereciste de mí más que una compasión viva.

PAULINA.—(Iracunda, alejándose de él.) Falso... Me aborrecías, deseabas mi muerte.

GUILLERMO.—(Perdiendo por un momento su severidad.) Nunca. Aborrecí... no quiero ni debo negártelo, al hombre execrable, mil veces maldito, que te corrompió, y fué principal causante de nuestras desdichas.

PAULINA.—(Sobrecogida, alejándose más.) Le aborreciste. No niegues que también á mí me odias, que odias á mi hijo. (Con exaltación.) Fuí criminal; pero adoro á mi hijo, y la ley de maternidad me obliga á defenderle. Guillermo, no pondrás en mi hijo tus manos. (Corre hacia la derecha, colocándose ante la puerta.)

GUILLERMO.—Mira lo que dices.

PAULINA.—(Desconcertada, delirante.) Vete... Sal de mi casa, ¡vengador... asesino!

GUILLERMO.—(Con acento firme.) Mujer sin juicio, calla... No

habla en tí la pasión, ni el despecho, ni el odio, sino una conciencia alborotada que se espanta de su propia sombra. Temes el mal porque tu conciencia te dice que lo mereces.

PAULINA.—(Aturdida.) Conciencia turbada soy: todo lo temo.

GUILLERMO.—(Imponiéndose con la voz, con la mirada.) Creí poder devolverte la serenidad. Veo que es imposible. Oye mi última palabra, y decide lo que quieras. (Con solemnidad y grandeza.) Ante Dios, que á tí y á mí nos oye, y ante mi conciencia, que quisiera yo sacar de mí y darle forma corporal para que la vieses, declaro que en mí no hay más ideal que el bien, ni otra pasión que la de la ciencia. La profesión que ejerzo me da grandes satisfacciones, y me impone deberes penosos que cumplo con firme voluntad. En tu niño no veo más que un caso científico. Por serlo, y además niño inocente... es sagrado para mí. (Pausa.) ¿Crees lo que digo? Pues dentro de un instante pondré mis manos en tu hijo. ¿No lo crees? Pues me retiraré ahora mismo. Contesta pronto. (Larga pausa. Aparecen Elisea y Solís en la puerta de la derecha, y observan sin entrar.)

PAULINA.—(Pasa por diferentes estados de angustiosa vacilación. La afirmativa y la negativa asoman á sus labios. Por fin, como movida de una voluntad superior, responde con gesto expresivo y débil voz.) Entra. (Guillermo se va por la derecha en ademán resuelto. Con él desaparece Solís. Cierran la puerta por dentro. Elisea corre á estrechar en sus brazos á Paulina.)

ESCENA X

PAULINA, SOR ELISEA.

ELISEA.—Ten confianza.

PAULINA.—(Llorando.) ¿La tienes tú?

ELISEA.—Tengo confianza y fe.

PAULINA.—¿Crees que Guillermo salvará á mi hijo?

ELISEA.—Así lo creo.

PAULINA.—¿Crees en su ciencia?

ELISEA.—Tengo en ella toda la fe que podemos poner en las cosas humanas.

PAULINA.—¿Y confías en que mi pobre Cristín vivirá?

ELISEA.—(Como inspirada.) Sí.

PAULINA.—¿Quién te lo dice... quién te lo asegura?

ELISEA.—Una voz secreta, lejana. Dios.

PAULINA.—¡Oh, qué aliento me das! Venga á mí la fe; venga la esperanza.

ELISEA.—Para hacerles sitio en tu alma, arroja de ella tus rencores.

PAULINA.—Arrojaré todo lo que pesa en mi pobre alma, fatigada de aborrecer. (Mirando temerosa á la puerta de la derecha.) Ya...

ELISEA.—Ya... sí.

PAULINA.—(Con voz queda y medrosa.) Más allá de esa puerta, la ciencia y la muerte forcejean... ¿No te sobrecoge ese silencio? ¿No oyes en él los latidos de nuestros corazones?

ELISEA.—Sí.

PAULINA.—¿No ves, sin ver nada, el acto doloroso?

ELISEA.—Veo las manos de Dios descender á las manos del hombre.

PAULINA.—(Arrodillándose ante Elisea y besándole las manos.) ¡Oh, santa mía! Ante tí, conciencia pura, virtud inmaculada, que ahora me pareces la imagen de Dios, pongo mi corazón, pongo mi alma. Seas tú testigo de esta ofrenda, que es también juramento, y oblígame á cumplir lo que ofrezco y juro. Si el saber humano salva de la muerte á mi querido niño, olvidaré mis agravios, menores que los de Guillermo, y le estimaré y le perdonaré, aunque él á mí no me perdone ni me estime; creeré que mías son todas las culpas, y suyas todas las perfecciones. Mi gratitud hará de él el primero y más grande hombre del mundo. aunque él á mí me considere la más indigna de las mujeres.

ELISEA.—¡Hermosa ofrenda, Paulina! Reciba Dios tu corazón y bendígalo.

PAULINA.—(Poseída súbitamente de ansiosa curiosidad, mirando á la derecha.) ¿Y ahora? ¿No habrán concluído ya? (Se levanta.)

Elisea.—No, hija mía. Ahora empiezan. Sólo han pasado minutos.

Paulina.—Siglos dirás.

Elisea.—Ten calma... no tiembles.

Paulina.—(Rehaciéndose.) ¡Si ya soy fuerte! ¿No me ves? (En voz alta y briosa, mirando á la puerta.) Hijo mío, ya tenemos valor... y esperanza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos anteriores.

ESCENA PRIMERA

SOR ELISEA, sentada, distribuyendo en papeletas de un gramo una sal en polvo; á su lado, ADOLFO; SOLÍS y VARONA paseándose.

SOLÍS.—Sí: puede asegurarse que el niño está salvado.

VARONA.—¡Qué triunfo! Esta mañana, cuando lo supe, al volver del monte, brincaba yo de alegría.

ADOLFO.—(Ayudando á Elisea.) Todo se debe al prodigioso médico Guillermo Bruno. El día 14, Cristín estaba casi ahogado.

ELISEA.—Ya le vimos aleteando para remontarse al Cielo.

ADOLFO.—Y el grande hombre procedió con mano segura y rápida.

ELISEA.—Empleó el *termocauterio* con tan grande habilidad y prontitud, que me dejó maravillada. Acción soberana, obra de segundos... ¡Qué arte, qué prodigio!

ADOLFO.—Y ya tenemos á Paulina loca de contento.

ELISEA.—Yo le digo que se modere y ponga frenos á su felicidad. No hay dicha sin frenos.

ADOLFO.—Cierto. La armonía social impone los tonos grises. Tristeza y alegría deben ser decorosas.

ELISEA.—En porciones bien mediditas (Aludiendo á lo que hace), en papeletas de un gramo.

VARONA.—Querido Pepe, no dudes que el júbilo multiplica los encantos de Paulina. Ni ella ni yo hemos nacido para la tristeza.

SOLÍS.—(Jovial.) Mi querido tío, llamo á usted la atención sobre el tufillo de inmoralidad que se desprende de lo que acaba de decirme.

VARONA.—Déjame: la inmoralidad es... un descanso.

SOLÍS.—(Preguntándole si ha bebido.) Tío... con franqueza... ¿hoy...?

VARONA.—No, hijo: no he puesto luminarias en mi espíritu. La melancolía me agobia. Contra ella no tengo más defensa que la idea de las gracias de Paulina... Es el único rayo de luz que desvanece las tinieblas de esa noche teológica que se llama mi mujer.

SOLÍS.—(Riendo.) ¡Vaya, tío, que salirnos ahora calavera y seductor!

VARONA.—Y la ocasión no puede ser más propicia. (Con misterio.) Sabrás que Paulina estará muy pronto en disponibilidad...

SOLÍS.—¿Qué me cuenta? (Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA II

Los mismos.—PAULINA, NATALIA, JUANA.

PAULINA.—(Muy alegre, entra por la derecha con Natalia.) Sí, Natalia: doy gracias á Dios con toda mi alma. Me confunde pensar que careciendo yo en absoluto de merecimientos, me haya concedido el Señor favor tan grande.

NATALIA.—Las alegrías, fíjese usted, no son más que dedadas de miel con que se nos endulza la boca, para que soportemos mejor los tragos de amargura que han de venir detrás.

VARONA.—(Aparte, burlándose.) Ya escampa...

PAULINA.—¡Ay, ay, no me hable usted de nuevas amarguras!...

VARONA.—¡Fuera penas! ¡Alegría, felicidad!

ADOLFO.—No hay mal que cien años dure. (Entra Juana por el fondo seguida de una modista que trae caja, muestrarios y un envoltorio de ropa.)

JUANA.—Señora...

PAULINA.—Pasen ahí. (Les señala la habitación de la derecha.) Voy en seguida.

ELISEA.—(Recogidas las papeletas, toca en el brazo á Solís.) Doctor...

SOLÍS.—Vamos... (Vanse Elisea y Solís por la derecha.)

PAULINA.—¿Me dispensan un momento? Voy á escoger telas y á probarme un traje. (A Natalia.) ¿No quiere usted acompañarme?

NATALIA.—No sé yo apreciar esas lindezas, que á usted le quitan el sentido. Soy muy torpe... Vaya, vaya.

PAULINA.—Vuelvo al instante. (Se va con paso ligero por la izquierda.)

ESCENA III

NATALIA, VARONA, ADOLFO; después SOLÍS.

NATALIA.—En cuanto se ha visto libre de aquellas angustias, recae en su frivolidad.

ADOLFO.—Es hermosa...

VARONA.—Elegante...

NATALIA.—Es graciosa y vana. Los trapos la enloquecen. (Recordando.) ¡Ah! sabréis que el curandero científico viene aquí un día sí y otro no, como director médico. (Se sienta.)

ADOLFO.—Pero Paulina y él apenas se hablan. Así me lo han dicho.

NATALIA.—Ella, según entiendo, ha encontrado una fórmula espiritual para combinar la gratitud con el aborrecimiento.

SOLÍS.—(Sale por la derecha.) Adiós, tía... Tengo mucha prisa.

NATALIA.—Cristín me ha parecido muy bien. (Adolfo, apartándose de su madre, recorre inquieto la escena y atisba por la puerta de la izquierda.)

SOLÍS.—Admirablemente. Furioso porque no le damos de comer. (Se despide de sus tíos Varona y Natalia.)

ADOLFO.—(Aparte.) ¡Si le habrá dado Teresa mi carta!

VARONA.—(Cogiendo á Solís del brazo y siguiéndole.) Oye, sobrino... verás. (Se va con él.)

ESCENA IV

NATALIA, ADOLFO.

NATALIA.—Hijo, ¿qué haces? Ven acá.

ADOLFO.—(Acudiendo á ella.) ¿Qué quieres, mamá...?

NATALIA.—No debo ocultarte que desde que vi la salvación y mejoría de Cristín, temblé por tí.

ADOLFO.—Mamá, ¿ya vuelves con esa historia?

NATALIA.—No es historia todavía: lo será... Estamos ahora en la leyenda.

ADOLFO.—(Desenmascarándose.) Bueno, mamita: hablemos claro. Soy joven; mi posición me señala un papel importante en la sociedad. Yo desempeño ese papel difícil con bastante acierto: tú me has aplaudido. Cierto que la moralidad es un prestigio... pero observémosla evitando siempre la ridiculez... Con que deja á un lado las disciplinas... Y si las coges, que sean las de seda, blandas, flexibles...

NATALIA.—De seda son, tontaina. Tu madre amantísima no será tan necia que despliegue ante tí una severidad y un rigor que resultarían desproporcionados... Adolfo mío, no confíes en que achicarás tu pecado con la magnitud de los que ella tiene sobre sí... Evita el escándalo, por pequeño que sea... Caballero de principios, tú procederás como tal... Serás bueno... (Acariciándole.) ¿Verdad que será bueno mi niño?

ADOLFO.—¡Ah, sí! seré bueno y sensato. (Apartándose de ella.) Mamá no se enfada porque yo...

ESCENA V

Los mismos.—VARONA, PAULINA.

VARONA.—(Aparte, volviendo por el fondo.) Acecho á Teresa para...

PAULINA.—(Por la derecha, con un traje muy elegante.) Natalia, ¿qué me dice usted de este traje?

ADOLFO.—¡Ideal!

VARONA.—¡Precioso!

NATALIA.—Muy bien, hija. Pero no me haga usted caso. Soy lega en trapos.

VARONA.—(Aparte á su hijo.) Un chiste, Adolfín. Dí que tu madre es lega trapense.

ADOLFO.—(Aparte á Varona.) No está mal.

PAULINA.—Hace usted bien en reirse de mí, Natalia. Soy vanidosilla, fantasiosa. ¡Pero qué quiere usted...! Sin esta fascinación de la moda, de elegir lo que á mi parecer me sienta mejor, me aburriría, y yo no quiero aburrirme.

ADOLFO.—Mala cosa es el tedio.

VARONA.—(Aparte, melancólicamente, mirando al techo.) *Tedium vitæ.*

NATALIA.—Decid que debemos tener en constante acción el pensamiento...

ADOLFO.—Esa, esa es la doctrina de Guillermo Bruno.

PAULINA.—Como suya, buena doctrina será.

NATALIA.—Y el gran médico y filósofo la practica, según dicen, en la colonia de mujeres que trae consigo.

PAULINA.—(Sorprendida.) Pero esas mujeres de que oigo hablar, ¿existen de verdad? La belleza helénica, las muchachas pizpiretas y juguetonas, ¿no serán invención ó sueño de ustedes?

ADOLFO.—No, Paulina, no.

VARONA.—Son bellezas palpitantes de un museo vivo.

PAULINA.—Será museo patológico.

Adolfo.—Hay, según dicen, niños degenerados; pero las mujeres son género sano y fresco.

Varona.—Más que materia médica, entiendo que es materia medicinal.

Paulina.—Sean enfermos ó sanos los acompañantes de Guillermo, no puede haber en ello ninguna malicia. ¿Qué cree usted, Natalia... usted que de todo sabe?

Natalia.—¿Qué malicia ha de haber, hija mía? Al sabio, al investigador del mundo microscópico que se esconde en los senos profundos de la naturaleza física, no le basta la observación: necesita también la experimentación. Acecha, escudriña, sorprende los fenómenos vitales, intentando llegar hasta el punto invisible en que la materia y el alma se confunden. ¿No experimentan otros en animales vivos? Pues éste experimenta en mujeres. Por eso lleva consigo ese lindo ganado, lozano y fresco. Es el gran libro femenino en que estudia la sensibilidad, las pasiones, los apetitos, los devaneos amorosos, y todo lo que forma el reino inmenso de la fragilidad humana.

Paulina.—(Displicente.) Todo eso lo sabe muy bien Guillermo. No necesita estudiarlo... (Les interrumpe la entrada del Marqués.)

ESCENA VI

Los mismos.—El Marqués, por el fondo.

Marqués.—Varón, Varona y Varonita... Dios les guarde.

Varona.—(Aparte al Marqués, corriendo á su encuentro.) Llegas á tiempo.

Marqués.—¿Para qué? (Natalia y Adolfo se disponen para retirarse.)

Varona.—Para cortar una de las más tremendas erupciones volcánicas de la sabiduría de mi mujer.

Paulina.—(Avanzando hacia el Marqués.) No te esperaba tan pronto.

Marqués.—Cristín tan famoso, según me ha dicho Solís.

Paulina.—¿No entras á verle?

MARQUÉS.—(Despidiéndose de los amigos.) Queridos amigos, nos veremos luego. (Vase por la derecha.)

NATALIA.—(Aparte á Adolfo.) Vámonos. Viene á darle la cicuta. ¡Pobre mujer: tras una desdicha, otra!

VARONA.—Vámonos... (Alegre.) El cataclismo es inminente.

PAULINA.—(Después de dejar al Marqués en la puerta de la derecha.) ¿Volverá usted, Natalia?

NATALIA.—Sí; que he prometido á usted traerle hoy mismo los caramelos de violeta, que hacen las monjas Clarisas.

PAULINA.—¡Ah, sí!

ADOLFO.—Allá vamos ahora.

NATALIA.—También traeré á usted las medallas de la Virgen, de gran eficacia para Cristín en su convalecencia.

PAULINA.—Sí, sí.

VARONA.—Todo endulza: caramelos y medallitas.

NATALIA.—Adiós, querida...

PAULINA.—Hasta después. (Despídense. Salen los tres por el fondo.)

ESCENA VII

PAULINA; EL MARQUÉS, que vuelve por la derecha.

MARQUÉS.—¡Qué bien está el chiquillo, qué vividor, qué gracioso!

PAULINA.—(Un poco inquieta.) Me dijiste anoche que hoy tenías que hablarme.

MARQUÉS.—A eso vengo... ¿Estás intranquila?

PAULINA.—Sí. Un presentimiento que desde ayer me ronda... Hoy, medias palabras de Natalia... me hacen temer... no sé qué...

MARQUÉS.—Sentémonos aquí. (Se sientan ambos.)

PAULINA.—(Temerosa, impaciente.) Pienso que es penoso lo que tienes que decirme.

MARQUÉS.—Penoso es... para mí al menos. (Cariñoso.) Y he de empezar por el principio, por la primera página de nuestra vida común...

PAULINA.—(Alarmada.) ¡Ay, ay, ay! Amigo del alma, te ruego

que abrevies mi suplicio... Salta de las primeras páginas á la página presente. ¿Acaso vienes á decirme que es la última?

MARQUÉS.—Sí, querida Paulina: mi unión contigo, que de apasionada se ha ido trocando en paternal, ha llegado á su término. La edad me lo impone; me lo imponen otros motivos...

PAULINA.—(Conmovida, sollozando.) ¡Oh, mi buen Alberto, qué pronto se ha nublado mi felicidad!

MARQUÉS.—A tí me llevaron tus encantos, Paulina; tu gracia. Pero algo más hubo en el fundamento de esta unión irregular.

PAULINA.—Sí, sí: la soledad en que vivías.

MARQUÉS.—La ingratitud, el desafecto de mi propia familia. Mis hijos, el uno residente en Cuba, otros en Madrid, me amargaban la existencia con sus desórdenes, ó con exigencias seguidas de litigios. Yo no podía vivir con ninguno de ellos. En sus casas, la paz y la alegría del hogar no existían para mí. Sólo me era fiel y adicta mi hija Pilar, que residía en Bélgica con su marido.

PAULINA.—Y ahora Pilar vuelve á España. Su marido establece en Valencia no sé qué negocio industrial.

MARQUÉS.—¿Lo sabías?

PAULINA.—Lo supe. Pero no sospeché...

MARQUÉS.—Me propuse no decirte nada hasta que tuviéramos la seguridad de la mejoría de Cristín...

PAULINA.—(Secando sus lágrimas.) Antes que me lo preguntes, debo decirte que me parece muy razonable tu propósito de vivir con tu hija. Me has enseñado la serenidad, el juicio claro de las cosas. Créeme, Alberto: con gran dolor mío, apruebo tu resolución.

MARQUÉS.—Es natural y lógico que acabe mis días al lado de mi hija... Tu conformidad con esta idea me quita del alma un enorme peso... Me das la mejor prueba de tu excelente corazón... (Emocionado, le besa las manos. Paulina enmudece.) Al separarme de tí por tan razonables motivos, dejo asegurada tu existencia. La renta vitalicia que has constituído con tus ahorros, te basta para vivir holgadamente. Este hotel, ya sabes que es tuyo.

PAULINA.—Aunque al determinar la separación no lo hicieras

con tan extremada generosidad, mi querido Alberto, yo tendría siempre por tí una devoción ferviente. Eres un hombre extraordinario.

MARQUÉS.—Un hombre que se somete á la verdad creada por la Naturaleza y las leyes... Espero que tú harás lo mismo.

PAULINA.—(Confusa.) ¡La verdad... las leyes! todo eso me llama... siento que me llama... No sé si podré acudir sin que tú me aconsejes, me guíes...

MARQUÉS.—¿Consejo y guía quieres? Pues oye: no esperes, como yo, á la vejez para entrar de lleno en un camino de rectitud... Y una vez en ese camino, no te desvíes de él. Procura tomar gusto á cosas amargas que has probado pocas veces.

PAULINA.—(Vivamente.) ¿Qué?

MARQUÉS.—La paciencia, la vida monótona, la soledad...

PAULINA.—Ponme delante la esperanza, y probaré esas amarguras. Pero esperanza no me das, Alberto.

MARQUÉS.—Sí, sí... (Sin atreverse á expresar su pensamiento.) Te doy esperanza, te señalo un fin de reparación... de paz...

PAULINA.—Fin hermoso, pero lejano, ¿no es eso?

MARQUÉS.—Está... al término de un camino muy derecho, muy derecho...

PAULINA.—(Desalentada.) ¡Ah, no podré recorrerlo todo! La distancia es enorme... Me cansaré... Necesito un guardián, un mentor, un maestro que en tan larga caminata me aleccione...

MARQUÉS.—¿Maestro pides? Tendrás uno irreemplazable, que de tí no se separará ni un momento...

PAULINA.—¿Quién?

MARQUÉS.—¡El tiempo, el tiempo!... el que lima toda aspereza, el que amansa los rencores, el que hace posible lo imposible, el que nos desengaña, el que nos instruye, y calladito, calladito, andando siempre, nos enseña todas las verdades.

PAULINA.—¡El tiempo! ¿Y á ese solo maestro entregas mi existencia?

MARQUÉS.—A ese y á otros dos: tu buen corazón, tu buen juicio. Paulina, no puedo decirte más.

PAULINA.—Pero es poco. Háblame, explícame...

MARQUÉS.—No es necesario. Sé que me has comprendido. (Con ademán de retirarse.) Dicho lo más importante que debías saber, me voy á disponer algunas cosas...

PAULINA.—¡Pero te vas, Alberto... tan pronto...!

MARQUÉS.—No. Ya vendré á despedirme de tí...

PAULINA.—¿Y me explicarás...? (Queriendo retenerle.)

MARQUÉS.—Con lo dicho, basta... Tu buen corazón, tu buen juicio... el tiempo...

PAULINA.—Sí... pero... soy muy torpe... Dime...

MARQUÉS.—(Retirándose.) No es preciso, no es preciso...

PAULINA.—(Va tras él.) Oye...

MARQUÉS.—Adiós, adiós... (Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

PAULINA, SOR ELISEA.

PAULINA.—(Abatidísima.) ¡Oh! sola otra vez. ¡Triste destino!

ELISEA.—(Entreabriendo la puerta de la derecha.) ¿Se fué? ¿Puedo pasar?

PAULINA.—Pasa, Elisea.

ELISEA.—(Acudiendo á consolarla.) Ya sé... Me lo dijo ayer Alberto. Es triste cosa, pero justa y necesaria. Su hija le ha exigido...

PAULINA.—Ya me lo figuro. (Suspirando fuerte.) Sea lo que Dios quiera.

ELISEA.—Y tus desdichas no vienen nunca solas, porque yo... siento decírtelo... también te dejo.

PAULINA.—(Asustada.) ¡Elisea, también tú...!

ELISEA.—La Superiora me reclama. Tu niño está fuera de cuidado. Nada tengo que hacer aquí.

PAULINA.—Todos me abandonan. Mis ángeles tutelares levantan el vuelo...

ELISEA.—Ausentes, velaremos por tí, tontuela. Pero yo no saldré de aquí sin recordarte la obligación en que está todo buen cristiano de cumplir sus promesas.

PAULINA.—No necesitas recordármelo.

ELISEA.—Como testigo que fuí de aquel compromiso, debo cuidar de que no se quede á medio camino entre tu memoria y tu voluntad. En aquel tremendo instante, cuando el pobre Cristín se ahogaba, y viste á Guillermo Bruno entrar por esa puerta, dijiste, de rodillas ante mí...

PAULINA.—(Quitándole la palabra.) Dije que si Guillermo salvaba á mi hijo, yo le estimaría, aunque él no me estimase ni me perdonase... Pues lo que prometí, Elisea, cumplido está.

ELISEA.—Pero hay más, Paulina. Salvado el niño de la asfixia, cuando tú y yo nos quedamos solas con él, y le vimos descansadito, respirando con facilidad, tuve yo que contener tu alegría para que con tus cariños locos no hicieras daño á la criatura. La esperanza de verle salvo te enloquecía. Cristín, con semblante risueño y los ojos llenos de luz, confirmaba nuestra esperanza, ofreciéndonos cinco besos por cada uno que nosotras le diéramos. Tú, llorando á raudales, dijiste: «¡Qué alma tan noble la de Guillermo! En vez de hacer daño á mi hijo, al hijo de mi crimen, le ha dado la vida; en vez de castigarme, me devuelve mi alegría y mi consuelo.»

PAULINA.—(Con viva emoción.) Así lo dije.

ELISEA.—Tus manos y las mías juntas sobre el pecho de Cristín, yo te recordé tu promesa. Tú la repetiste, la confirmaste, dándole más fuerza y valor. Dijiste: «A ese hombre tan grande y bueno, yo le amaré, aunque él á mí no me ame.»

PAULINA.—(Con acento firme y sereno, altos los ojos, la mano en el pecho.) Es verdad.

ELISEA.—Paulina, me hiciste tu confesora. Sé también ahora sincera y leal, y revélame todo lo que sientes.

PAULINA.—Ahora, como entonces, te descubro mi alma. Guillermo no me inspira miedo ni aversión. Sus brusquedades y sus gritos, que antes me aturdían, ahora me agradan. Cuando viene á ver á Cristín, deseo que sea menester extender muchas recetas para que tarde en salir... A veces se me ocurre decir tonterías, de las que sé que á él le incomodan, para ver si me riñe. Pues digo mis tonterías, y él nada... no me dice nada. No hace

ningún caso de mí. Con que ya ves lo que me pasa... que es bien poco. (Pausa.)

ELISEA.—(Con inocencia.) Sí que es poco... Pero ya será más.

ESCENA IX

Las mismas.—JUANA, con paquetes y cajas.

JUANA.—Señora, esto ha traído el de la tienda de juguetes.

PAULINA.—Todavía no se cansa la infinita bondad de Alberto.

ELISEA.—(Abriendo las cajas y sacando algunas cosas.) Más juguetes. ¡Y qué lindos!

JUANA.—Y aquí están los encajes que quería la señora: *guipure inglés.* (Destapa una caja.)

PAULINA.—Déjalos ahí. (Saca algunos encajes que deja sobre la mesa, sin mostrar interés.)

JUANA.—(Recordando.) ¡Qué cabeza! Me olvidaba de lo mejor. He encontrado al señor doctor don Guillermo...

PAULINA.—(Vivamente.) ¿Dónde?

JUANA.—Aquí cerca, y me dijo... Dice que aunque no le toca venir hoy, sino mañana, vendrá hoy.

PAULINA.—¿De veras? Viene, Elisea; viene hoy.

ELISEA.—¡Anticipa la visita!

PAULINA.—¿Por qué será? Da que pensar.

ELISEA.—No pienses, no pienses nada... y á tu obligación, que es bien sencilla.

PAULINA.—¿Cuál es?

ELISEA.—Amar á quien no te ama. Lo prometiste.

PAULINA.—Y lo cumplo. Pero el alma de Guillermo no tiene para mí más que aversión, menosprecio...

ELISEA.—Mejor. Así harás lo que nos ordenó Jesucristo: amar á los que nos aborrecen.

JUANA.—(Que ha mirado por el fondo.) Aquí viene don Guillermo... Ya entra en el jardín. (Corren presurosas al ventanal Paulina y Elisea.)

PAULINA.—(Mirando.) Viene despacio, meditabundo.

ELISEA.—Ya nos ha visto... Doctor... ¡eh!... (Ambas le saludan, Elisea en primer término.)

PAULINA.—Ya sube.

ESCENA X

PAULINA, SOR ELISEA, JUANA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—(Brusco, jovial.) ¡Pues no hacen pocos aspavientos para recibirme! ¿Qué es esto?... ¿qué les pasa?

ELISEA.—No esperábamos verle hoy.

GUILLERMO.—¿Y qué? Porque adelanto un día, ya se alborotan... La curiosidad las saca de quicio. ¡Casquivanas, noveleras... mujeres al fin!

PAULINA.—(Tímidamente.) Es que...

ELISEA.—¿Y á qué se debe...?

GUILLERMO.—(Con mucha viveza.) Callen, callen, que quiero decirlo antes que me lo pregunten... Me ha dicho Solís que el niño está muy bien. Vengo á darle de alta.

PAULINA.—Cristín está bien; pero no tan bien que...

GUILLERMO.—Veámosle por última vez. (Indicando á Paulina que vaya delante.)

ELISEA.—Y yo por última vez le daré de comer. (Paulina y Guillermo se van por la derecha.)

ESCENA XI

SOR ELISEA, JUANA; después TERESA.

ELISEA.—¿Traerás tú la comida del niño?

JUANA.—Teresa la trae... Oigame, hermana. (Con misterio.) Cuando encontré á don Guillermo, iba con él el señor Solís, médico de casa... hablando, parloteando...

ELISEA.—¿Y qué? ¿Es novedad que hablen los doctores?

JUANA.—Por las caras de ellos entendí que su conversación no era de Medicina... Se regalaban con lo que es hoy comidilla de todo el pueblo.

ELISEA.—¿Qué, mujer?

JUANA.—Lo primero, que el señor Marqués se retira á la vida de familia. Lo segundo, que á la señora, ¡pobrecita! me la encierran en un convento.

ELISEA.—Paulina es libre. No la veo inclinada á la vida de recogimiento...

JUANA.—Es que la obligarían...

ELISEA.—¿Quién?

JUANA.—Autoridad tiene el señor don Guillermo... Influirían con la señora las familias principales del pueblo, pongo por caso, los señores de Varona...

ELISEA.—Esos, por meterse en lo que no les importa, serían capaces de... No hagas caso de habladurías. Cállate. (Viendo venir á Guillermo y Paulina.) Ya vuelven. (Entra Teresa por la izquierda con la comida de Cristín en una bandeja.)

ESCENA XII

Las mismas.—PAULINA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—Muy bien. Ya pueden levantarle.

ELISEA.—(Que ha cogido la bandeja de la comida.) ¿Le da usted de alta, doctor?

GUILLERMO.—Al niño de alta y á usted de baja.

ELISEA.—Señor, ¿qué dice?

GUILLERMO.—Que la hermanita curandera no me sale de aquí.

PAULINA.—(Batiendo palmas.) ¡Oh, qué alegría!

ELISEA.—Señor, la Superiora me ha llamado. (Guillermo, jovial, le impone silencio.) Otros enfermos me reclaman. Bien sabe usted que hay tantos...

GUILLERMO.—Y aquí no faltan. Infinito es el número de enfermos. ¿Qué es la humanidad más que una inmensa

clínica, con apariencias de escuela y de presidio? Curar, educar, corregir, todo es lo mismo.

ELISEA.—¡Quiere retenerme aquí! (Asombrada.) Y dice que esto es escuela, clínica...

PAULINA.—Y presidio, Elisea... ha dicho presidio...

GUILLERMO.—Cárcel, fortaleza de corrección. De todo se asustan... ¡qué simples! (Imperioso.) ¡Ea, presidiarias de Dios, cada cual á su obligación... pronto! (Les ordena que lleven al niño su comida.)

ELISEA.—(Asustada.) ¡Jesús, qué hombre! (Vase por la derecha; tras ella las dos criadas.)

ESCENA XIII

PAULINA, GUILLERMO.

GUILLERMO.—(Despidiéndose.) Y ahora...

PAULINA.—(Con gran timidez.) No, no. Dispensa si...

GUILLERMO.—¿Tienes algo que decirme? (Paulina afirma con la cabeza.) Volveré.

PAULINA.—(Balbuciente.) No, no: ahora... Es cosa de esas que... que no admiten aplazamiento.

GUILLERMO.—Bueno: tú dirás.

PAULINA.—(Medrosa.) Hazme el favor de sentarte un ratito.

GUILLERMO.—(Se sienta junto á la mesa en que están los juguetes.) Me siento... A ver... dí.

PAULINA.—Pues... (Coge una silla para sentarse próxima á Guillermo; pero al ver el rostro serio y adusto de éste, retrocede.) Estoy muy agradecida. (Siéntase á distancia.)

GUILLERMO.—Ya me lo has dicho. He cumplido un deber, y nada más.

PAULINA.—Pero yo no merecía que cumplieses ese deber.

GUILLERMO.—También me lo has dicho. Y ya lo sabía yo... Sigue.

PAULINA.—(Con supremo esfuerzo.) Pues... aparte del deber profesional, hay... hay ciertas relaciones entre el médico y el enfermo... Naturalmente, el médico vive de su traba-

jo. En nombre de mi hijo, que no puede mostrarte su gratitud sino con su cariño... yo estoy obligada...

GUILLERMO.—No sigas... Me pides la cuenta de mis honorarios. ¿No es eso? (Se levanta.) Te diré. Por más que hayamos llegado á ser extraños el uno para el otro, ante la ley y ante la religión padecemos la horrible desgracia de ser marido y mujer. No está bien que yo te cobre honorarios.

PAULINA.—¡Ah! no puedo admitir eso.

GUILLERMO.—Si es cierto, como han dicho, que estás arrepentida del mal que me hiciste...

PAULINA.—(Vivamente.) Cierto es, te lo juro.

GUILLERMO.—Pues con tu arrepentimiento me basta.

PAULINA.—Lo tomas como moneda corriente...

GUILLERMO.—Moneda fiduciaria. (Examina diversos juguetes.)

PAULINA.—¿Papel?

GUILLERMO.—Papel, sí, que no tiene valor mientras no lo garanticen grandes cantidades de oro en las arcas de la conciencia.

PAULINA.—Oro... sí: te entiendo. Tengo que acuñar oro, muchísimo oro... La plata no sirve.

GUILLERMO.—La plata no. (Da vueltas á la mesa, poniendo toda su atención en los juguetes.)

PAULINA.—Necesito que mi conciencia sea un crisol ardiente; mi voluntad un troquel muy duro...

GUILLERMO.—(Sin atender á Paulina, admira el juguete que tiene en la mano.) ¡Qué gracioso! Los que inventan estas cosas tienen mucho talento.

PAULINA.—Imitan la vida humana, para encanto de los chiquillos.

GUILLERMO.—(Cogiendo otro juguete.) ¿Y esta colección de Historia Natural? ¡La girafa, qué monada!... Y el elefante... Es muy conveniente dar á los chicos, sin fatigar su entendimiento, las primeras nociones de la ciencia.

PAULINA.—Mi Cristín tiene predilección por los juguetes instructivos. Enredando con ellos, hace mil preguntas que yo no sé contestarle.

GUILLERMO.—(Examinando con admiración una figurita.) ¿Y esto? ¡qué preciosidad! Mira, mira.

PAULINA.—Creo que anda.

GUILLERMO.—(Mueve el resorte; la figurilla se mueve.) ¡Oh, qué gracia! Esto es un encanto.

PAULINA.—Si te gusta, llévatelo.

GUILLERMO.—(Con espontáneo alborozo, guardando la figura en su bolsillo.) Paulina, por mis honorarios. Además de tu arrepentimiento, me llevo esto.

PAULINA.—Mira otro. ¿No te hacen gracia estos patitos? (Los muestra.)

GUILLERMO.—Delicioso. (Guardándoselos.) Por mis honorarios.

PAULINA.—Todo lo que ves aquí es tuyo.

GUILLERMO.—Me cautivan estas cosas que hacen felices á los pequeñuelos. (Rebuscando en la mesa.)

PAULINA.—(Con gran curiosidad.) ¿Tienes niños?

GUILLERMO.—(Sin mirarla, vuelto de espalda.) Sí.

PAULINA.—¿Quieres que te mande aquel caballo grande, aquel cañoncito...?

GUILLERMO.—Gracias. Tengo toda el Arma de Artillería... y todo el Cuerpo de Caballería. (Examinando lo que hay en la mesa, se fija en los encajes.)

PAULINA.—¿Quieres barcos, soldaditos...?

GUILLERMO.—(Desdoblando algunos encajes.) Vamos, si no te enfadas, me llevo también esto.

PAULINA.—(Asombrada.) Pero esto no es juguete. Es un adorno para vestidos de señora ó señorita.

GUILLERMO.—(Escoge dos encajes.) Juguete de niños, juguete de mujeres, todo es igual. (Los dobla y se los guarda.) Por mis honorarios.

PAULINA.—¿Tienes mujer, mujeres?

GUILLERMO.—Tengo familia.

PAULINA.—(Con vivo interés.) Guillermo, yo quiero ver tu casa.

GUILLERMO.—No será de tu gusto. Mi casa es un pobre taller...

PAULINA.—¿De qué? ¿Elaboras la vida, la salud? ¿Eres acaso artista?

GUILLERMO.—Mi arte se parece al del herrero. En un yunque muy duro enderezo los cuerpos mal formados... y las almas torcidas.

PAULINA.—¡Oh, qué prodigio!... Yo quiero ver tu casa, que parece un convento; tu familia, que parece una comunidad. (Guillermo deniega con la cabeza; Paulina se aflige.)

¡Triste de mí! Nada me concedes. No merezco de tí más que una indulgencia fría, semejante á las preces de la Iglesia por los difuntos.

GUILLERMO.—Algo más mereces, Paulina, ó algo más, sin mirar á tus méritos, te concedo yo.

PAULINA.—(Con interés, levantándose.) ¿Qué?... Dímelo... ¿Qué me concedes?

GUILLERMO.—Como es cosa que no depende de mí, no puedo contestarte ahora.

PAULINA.—Anúnciame lo que es. La curiosidad me abrasa.

GUILLERMO.—¿Para qué anunciar lo que quizás no pueda realizarse? (Con ademán de retirarse.)

PAULINA.—¿Pero te vas? ¿Me dejas en esta incertidumbre?

GUILLERMO.—Me voy precisamente para sacarte de ella.

PAULINA.—Según eso, volverás.

GUILLERMO.—Naturalmente.

PAULINA.—¿Cuándo?

GUILLERMO.—He dicho que volveré.

PAULINA.—(Mirándole fijamente.) ¡Oh, tú me engañas!

GUILLERMO.—(Sulfurándose.) ¡Que te engaño... yo!

PAULINA.—Usas un ardid caritativo... La amargura de ausentarte, de huir de mí... la endulzas con una promesa tan falsa como generosa.

GUILLERMO.—Digo que volveré... (Con severidad, alzando la voz.) ¿Dudas de lo que digo?

PAULINA.—(Asustada.) No, no.

GUILLERMO.—Siempre lo mismo. Crees todas las mentiras... no crees al hombre sincero y leal. (Alejándose sin dejar de mirarla.)

PAULINA.—(Corriendo á él.) Guillermo... no, no dudo... te creo, te creo... ¿A quién he de creer yo?... Sí, sí... volverás... (Síguele hasta la puerta.)

GUILLERMO.—Así me gusta. Creer es preciso, Paulina; creer, creer. (Dice esto en la puerta del fondo, mirando á Paulina. Esta le sigue con la vista hasta que desaparece.)

ESCENA XIV

PAULINA; después NATALIA y VARONA.

PAULINA.—(Vuelve al proscenio.) Terror siento, sí... como ante la majestad del mar tempestuoso y de los vientos desencadenados... En mí, todo es debilidad y pequeñez; en él, todo es grandeza... Antes, seis años há, ¿qué sentía yo? Horror de lo desconocido. (Se sienta meditabunda.) Ahora lo desconocido se abre, descubre su interior luminoso. Tengo miedo á la claridad... que me ciega. (Con esfuerzo mental.) ¿Cómo razonaré yo esto? (Entran Natalia y Varona por el fondo, pisando quedo. Detiénense en la puerta, contemplando á Paulina... Hablan aparte.)

VARONA.—¡Pobrecilla... bien se ve que el bárbaro la ha tratado con dureza!

NATALIA.—Para esta desgraciada no hay más solución que entrar en un recogimiento,..

VARONA.—Sí, mujer... cambiar de vida, de...

PAULINA.—(Para sí.) No puedo razonarlo... Soy muy torpe...

NATALIA.—Vengo decidida á proponérselo. ¿No te parece que en ninguna casa religiosa estaría tan bien como en la *Esclavitud del Calvario?*

VARONA.—¡Oh, sí... lo mejor... la *Esclavitud*...!

NATALIA.—¿Serás tú capaz, hombre de poca fe, de ayudarme á convencerla?... pero con seriedad.

VARONA.—¡Oh, sí!... Traigo aquí multitud de argumentos de mucha fuerza... Verás...

NATALIA.—(Dirígese á Paulina con ademán compasivo.) ¡Hija del alma, pobre víctima! (La besa.)

PAULINA.—(Componiendo su rostro.) ¡Ah, Natalia!

VARONA.—A tiempo llegamos para consolarla.

NATALIA.—¡Infeliz mujer! Dios la trata á usted cruelmente.

VARONA.—Apenas ve salvado á Cristín, Alberto se... vamos, que presenta la dimisión.

NATALIA.—Y acto continuo, su esposo de usted... parece que

se complace en mortificarla... (Recordando.) ¡Ah! los caramelos de violeta.

VARONA.—Obra de las monjitas de Santa Clara, regalo y alivio de convalecientes... (Da un paquete á Paulina, que lo abre; coge dos: uno para sí, otro para Varona.)

NATALIA.—Y las medallitas. (Las saca del bolsillo; las muestra á Paulina.)

PAULINA.—(Con el caramelo en la boca.) ¡Qué preciosas! Por aquí la Virgen, por aquí San Rafael...

NATALIA.—¿Se las pongo á Cristín?

VARONA.—(Deseando que se vaya Natalia.) Sí, sí: no tardes en ponérselas.

PAULINA.—Tome usted un caramelo, y llévele otro á Cristín, uno solo.

NATALIA.—(Que estaba ya junto á la puerta, vuelve.) ¿Verdad que son muy ricos?

PAULINA.—Riquísimos.

NATALIA.—(Junto á Paulina, desenvolviendo el caramelo.) Se me olvidó decir á usted una cosa que le interesará. Ya sabe que las Clarisas están pared por medio con la colonia de Guillermo Bruno, que á unos les parece taller, á otros convento.

VARONA.—Taller de artes diabólicas y gimnasio de liviandades.

NATALIA.—Por su organización, es al modo de convento.

VARONA.—Lo mismo que un convento; sólo que es todo lo contrario.

NATALIA.—Quiere decir que allí no se da culto á Dios, sino á la alegría y al desenfreno del vivir.

VARONA.—(Con exageración que encubre la ironía.) Viven consagrados á la filosofía materialista, ó sea la constante francachela.

PAULINA.—¿Por las noches?

VARONA.—No; que celebran sus ritos ante el Sol.

NATALIA.—Y desde que Dios amanece empiezan las risotadas y el bullicio.

VARONA.—(Siempre con sutil ironía.) Allí no se oyen más que címbalos y crótalos, flautas de Pan, cánticos de mujeres y de niños, como un coro de faunos y bacantes.

NATALIA.—No exageres, Varona.

VARONA.—Y cuando niños y mujeres callan, óyense cánticos de viejas, con notas de aquelarre.

NATALIA.—No es tanto, no.

PAULINA.—¿Y ven las monjas lo que pasa en la vecindad?

VARONA.—Ven horrores gentílicos y filosóficos: mujeres hermosísimas que imitan á las estatuas griegas, y señoritas al fresco que hacen mil cabriolas y se suben á los árboles.

PAULINA.—¡Jesús!

VARONA.—(Aparte.) Aquí que no peco.

NATALIA.—(Que se ha dirigido á la puerta y retrocede.) Varona, no apruebo que pintes la colonia con colores tan fuertes... Creerá Paulina que queremos presentar á Guillermo como un sér depravado.

VARONA.—La bestia científica y filosófica, ¿qué puede ser?

NATALIA.—Pues un hombre de excelente corazón... Demos á cada uno lo suyo.

PAULINA.—Guillermo adora los niños. Esto puedo atestiguarlo.

NATALIA.—Dicen las monjas que entre los chiquillos que allí tiene, hay uno preferido. Le ama con idolatría, le lleva en sus brazos, le mima, le agasaja. Es criatura desmedrada, raquítica. (Vuelve á la puerta.)

VARONA.—Iremos... sin más objeto que el de satisfacer una curiosidad... de artistas.

PAULINA.—(Muy nerviosa.) ¿Me llevarán ustedes?

VARONA.—¡Oh! sin duda. (Para que lo oiga su mujer.) Le conviene á usted un recogimiento... la *Esclavitud;* quiero decir, un lugar sosegado para... para...

NATALIA.—(Aparte, en la puerta.) Para evitar escándalos... Bueno es que pasen por arrepentidas las que nunca se arrepienten. (Vase por la derecha. Varona, muy nervioso, vigila la puerta; vuelve junto á Paulina agitado y temeroso.)

ESCENA XV

PAULINA, VARONA.

VARONA.—Ya habrá usted comprendido, Paulina. He dicho tanta simpleza para disimular mi pasión delante de la sibila tonta y fúnebre.

PAULINA.—(Con idea fija.) ¿Y cuándo me llevarán ustedes á... á la colonia...?

VARONA.—No haga usted caso de colonias ni bobadas... No hay más sino que su marido de usted es un apóstol de la libertad de costumbres. No cuente con él para nada, y decídase... ¡Paulina! ¿Recibió usted mi carta?

PAULINA.—Sí. Me ha dejado atónita. No esperaba de usted tanto atrevimiento.

VARONA.—(Muy inquieto, va y viene, se sienta y se levanta.) Audacias me ha dado mi desesperación. He suprimido la última letra de mi apellido ilustre. Hoy me llamo *Varón*... Me enfadaba el *Varona*, que en mí desvirtúa el eterno masculino. (Paulina ríe.) Yo había manifestado á usted, por diferentes modos, mi adoración platónica. No podía ser de otro modo. Pero retirado mi amigo Abdalá, me presento candidato. Un amor ardiente, Paulina; riqueza no inferior á la de Alberto. Sea usted piadosa; redima, por Dios, á este cautivo, á este condenado, á este mártir...

PAULINA.—(Risueña, pasando los ojos por la carta.) ¡Y que no se anda usted con bromas! ¡Me propone la fuga! Eso ya es perder el juicio.

VARONA.—Si acepta usted mi amor, esconderemos nuestra felicidad en una isla deliciosa: en Corfú, ó en cualquier otra isla de Grecia ó del Asia Menor... ó en la Mesopotamia, donde dicen que estuvo el Paraíso Terrenal.

PAULINA.—Amigo Varona, ó *Varón*...

VARONA.—¡*Varón*!

PAULINA.—Sepa que he recibido otra carta... ¿de quién creerá? De su hijo Adolfito. Me propone también...

VARONA.—¿Amor y fuga?

PAULINA.—Fuga no. Me propone un amor recatado, sin escándalo.

VARONA.—Ese niño gótico es de la escuela de su madre... agüita mansa... los pecados en silencio... nada de escándalo... Pero en sus verdes años, Nata no era fúnebre, ni se asustaba del ruido de sus pasos inciertos sobre el entarimado social. (Con brío y audacia.) Pues yo, harto de sufrir, me río del escándalo, abomino de la sensatez, desprecio todo respeto social, pisoteo el convencionalismo. ¡Falsa virtud, vete al Infierno! ¡Cadenas forjadas con tanta y tanta mentira, rompeos en mil pedazos!

PAULINA.—¡Ay, ay! (Riendo), que está usted tremendo. Pero, Joaquín....

VARONA.—(Vehemente.) Aborrezco á mi mujer, que es un monstruo apocalíptico; es aquella bestia engendrada por la noche, y que tenía siete cabezas, diez cuernos, y en cada uno de ellos un nombre sacrílego. (Repitiendo el texto.) «Le es dada una boca que profiere discursos llenos de orgullo y de blasfemias.»

PAULINA.—¡Pobre Natalia! Bonito retrato hace usted de ella.

VARONA.—Lo ha hecho San Juan Evangelista, Capítulo V, Versículo 33 del *Apocalipsis*... Paulinita del alma, decídase pronto. Usted está sola. Ya no tiene ni marido ni amante. ¿Quién mejor que yo...?

PAULINA.—¡Eh... juicio... moralidad!

VARONA.—(Con gran viveza.) A Corfú... á Corfú, ó al suicidio

PAULINA.—Loco, disoluto. ¡Vaya unos ejemplos que da usted á su hijo! (Viendo entrar á Adolfo.) ¡Ah!... (Adolfo, entrando por el fondo, queda suspenso al ver á su padre.)

ESCENA XVI

PAULINA, VARONA, ADOLFO; después NATALIA.

VARONA.—El niño gótico...

ADOLFO.—(Aparte, á distancia.) Nos hemos caído... Creí que estaba sola.

VARONA.—Me ha fastidiado este tontaina... (Alto.) Pasa, hijo...

ADOLFO.—¿Está aquí mamá?

VARONA.—Sí, hijo: aquí la tienes. No vayas á perderte por no estar arrimadito á las faldas del monstruo apocalíp... digo, de tu madre.

PAULINA.—Adolfo, dice su papá que es usted un prodigio de sensatez. Pero yo no soy de la misma opinión.

ADOLFO.—(Aparte.) ¿Bromitas? Ya me lo dirás... porque tú has de caer... caerás en silencio. Si el secreto duplica la virtud, pecar sin escándalo es pecar á medias.

NATALIA.—(Por la derecha.) ¡Ay, qué cosas me ha dicho Cristín! Es muy pícaro, muy pícaro... pero ¡qué salado!... Cuando le puse las medallas, cantó *couplets*... Después dijo que él se casará con Elisea, y su mamá con Guillermo. (Se sienta junto á Paulina.)

PAULINA.—(Riendo.) Esos casorios le tienen muy preocupado.

VARONA.—(Aparte, paseándose agitado.) Corfú... Corfú, ó el suicidio.

ADOLFO.— (Aparte, contrariado.) Se sienta... (Aparte á su padre.) Dí, ¿mamá y tú no pensábais ir á...?

VARONA.—A Corfú... digo, al cementerio... déjame... al cementerio.

NATALIA.—(A Paulina.) Hablemos un ratito ahora, amiga mía. Ya sabe cuánto me intereso por usted. Creo que en esta situación tristísima debe usted resolverse á... (Entra Guillermo; se planta y fija en los Varonas una mirada dura.)

ESCENA XVII

Los mismos.—GUILLERMO.

VARONA.—(Aparte.) ¡Y ahora éste!

ADOLFO.—(Aparte.) Este nos faltaba.

NATALIA.—Señor don Guillermo, estamos acompañando á Paulina.

GUILLERMO.—(Secamente.) A eso mismo vengo yo. Sola dejé á Paulina, y sola creí encontrarla.

NATALIA.—(Aparte á Adolfo.) ¿Qué quiere decir esto?

ADOLFO.—Quiere decir... que estamos de más aquí.

VARONA.—(Aparte.) ¡Horrible, horrible!

NATALIA.—(Aparte á Varona.) Y tú, majadero, ¿toleras este ultraje?

VARONA.—(Como trastornado.) He vuelto á poner en mi apellido la letra que quité, y ahora me digo: »Fragilidad, tu nombre es Varona.»

ADOLFO.—(Con dignidad, á sus padres.) Vámonos.

NATALIA.—Sí, sí: tanta grosería es insoportable. Vámonos á casa.

VARONA.—Yo más lejos... á Corfú...

NATALIA.—(Cogiéndole del brazo.) ¿Qué dices, idiota?

VARONA.—A Corfú, digo... al cementerio... Un tiro, un tiro. (Vanse los tres por el fondo.)

ESCENA XVIII

PAULINA, GUILLERMO; al fin SOR ELISEA.

GUILLERMO.—(Viéndoles salir.) ¡Imbéciles! Y ella la más refinada hipócrita del mundo. No creí tener tanta prudencia y blandura para echarles de aquí.

PAULINA.—Guillermo, tú me proteges, tú alejas de mí las amistades molestas...

GUILLERMO.—Y dañinas.

PAULINA.—¿Y lo que pensabas hacer por mí sin decirme lo que era... ese favor desconocido que tanto me ha dado que pensar?...

GUILLERMO.—Está hecho. He hablado con la Superiora de las Hermanas para que permita á Elisea seguir en tu compañía.

PAULINA.—¿Hasta cuándo?

GUILLERMO.—Hasta que yo quiera.

PAULINA.—(Con efusión de gratitud.) ¡Oh, qué inmenso beneficio! ¡Elisea conmigo! ¡Aquí!...

GUILLERMO.—Y tendrás tu recogimiento en tu propia casa.

PAULINA.—¿Tú lo quieres?

GUILLERMO.—Lo quiero, lo mando.

PAULINA.—Ese interés tuyo por mí es señal de que tus rigores ceden al fin...

GUILLERMO.—Mis rigores se suavizan; pero no ceden, no pueden ceder. El perdón está lejos, Paulina. Recuerda la gravedad de tu ofensa, y verás que mi decoro se ha de mantener dentro de esta torre inexpugnable.

PAULINA.—Derríbala. ¿Mis súplicas constantes no podrán siquiera quebrantarla?

GUILLERMO.—No. Yo me voy de aquí, y no me verás en mucho tiempo.

PAULINA.—(Afligida.) ¡Ah, Guillermo! Lejos de tí, mi salvación será difícil.

GUILLERMO.—O no te salvas, ó has de ser tú tu propia redentora.

PAULINA.—¿Cómo?

GUILLERMO.—Elevando tu mente á un ideal de vida, y aplicando toda tu voluntad á realizarlo.

PAULINA.—Sola no podré. En mi alma ha echado raíces la debilidad. (Márcase en ella un gran desaliento.)

GUILLERMO.—La debilidad no tiene raíces. Sólo las tiene el árbol de la fuerza. Planta ese árbol.

PAULINA.—Quisiera obedecerte... pero... (Cae de rodillas.) Desfallezco. Mi alma se dobla, se cae... Guillermo, ten piedad de mí.

GUILLERMO.—(Con voz imperiosa.) Paulina, ármate de fortaleza... no te arrodilles ante mí, ni ante nadie. (Al-

zando más la voz.) Levántate... (Paulina se levanta despacio.)

PAULINA.—Me levanto. En todo te obedezco... Inspíreme Dios. (Reza en voz baja.)

GUILLERMO.—No reces de carretilla... Dirige á Dios tus pensamientos propios. Si no los tienes, yo te los dictaré. Dile: «Señor, dame una conciencia fuerte. Pon en mi mano una espada contra el mal que me acecha.»

PAULINA.—(Después de repetirlo entre dientes.) Esto digo, esto diré siempre.

GUILLERMO.—Dile á Dios: «Señor, líbrame de la degeneración. Da vigor y consistencia así á mi cuerpo como á mi espíritu.»

PAULINA.—(Repite el concepto elevando su mirada, cruzadas las manos.) «Líbrame de la degeneración...» (Continúa entre dientes.)

GUILLERMO.—(Con mayor imperio y brío.) Ten alma de mujer, no mecanismo de muñeca de lujo. Vive en tu propio sér, no en la imitación de vanidades y pasatiempos frívolos... No alimentes tu espíritu con golosinas, sino con el manjar fuerte de la verdad, y aparta tus ojos de todo lo que no sea un ideal grande... (Acércase á ella, agarrándola por un brazo.) Hazlo así. Yo te lo mando.

PAULINA.—(Con voz apenas perceptible.) Y yo... obedezco.

GUILLERMO.—(Sacudiéndole el brazo.) Es que si no me obedeces, te mato, Paulina.

PAULINA.—Mátame de una vez, antes que yo pueda desobedecerte.

GUILLERMO.—Sí, te mato. Me debes tu vida, que pude quitarte cuando me ofendiste.

PAULINA.—Tómala, si quieres, ahora mismo.

GUILLERMO.—No, porque espero tu enmienda. Te condeno á vivir... á vivir... porque el vivir es lección continua, cátedra eterna, yunque donde forjamos el mal y el bien...

PAULINA.—Viviré... forjaré el bien... desconfiando de conseguirlo sola.

GUILLERMO.—Sola y firme. De la soledad nace la fuerza.

PAULINA.—Eres duro, Guillermo.

GUILLERMO.—Duro como la ley que rige nuestras almas. ¿Querías ganarme con mimos? No: mi dureza es la del herre-

ro, que en la fragua, á golpes de martillo, templa y vigoriza los caracteres.

PAULINA.—Pues forja tú, tú, esa conciencia fuerte que deseas en mí.

GUILLERMO.—Hoy sería vano intento. Aún no estás preparada.

PAULINA.—Si me dejas sola, ¿cómo he de prepararme? (Aparece Elisea en la puerta derecha.)

GUILLERMO.—No quedas sola... Ahí tienes á tu guardiana y amiga. (Señalando á Elisea, que se adelanta.)

PAULINA.—Elisea, ven en mi ayuda.

GUILLERMO.—(Retirándose.) Ten valor, ten alma... Adiós.

PAULINA.—Adiós... ¿Volverás algún día por mí?

GUILLERMO.—(Desde la puerta, con voz solemne, persuasiva.) Paulina, no volveré por tí hasta que sobre tus propias ruínas edifiques una existencia nueva. (Vase por el foro.)

ELISEA.—Es terrible.

PAULINA.—Justiciero.

ELISEA.—Ha dicho que debes prepararte.

PAULINA.—(Con gran resolución.) Ya lo estoy. (Llamando.) Teresa... Juana...

ELISEA.—Ten calma... Dime...

PAULINA.—Mi alma anhela la reparación... la busco... no la rehusaré aunque la encuentre entre llamas como las del Purgatorio. (Recorre muy agitada la escena. Teresa le trae un sombrero.)

ELISEA.—¿Qué haces? No te precipites, hija.

PAULINA.—(Poniéndose el sombrero.) Si allá me dan tormento, mejor. Venga mi destrucción, venga mi ruína.

ELISEA.—¿Pero estás loca?

PAULINA.—Cogeré mis escombros, y con ellos haré una Paulina nueva.

ELISEA.—¿A dónde vas?... dímelo.

PAULINA.—Al convento, ó lo que sea... al taller, al yunque.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín del Asilo donde está instalada la colonia de Guillermo Bruno.—A la izquierda, la fachada del edificio, con ventanas y puerta practicable en el piso bajo; toda la pared cubierta con frondosos rosales de enredadera, que trepan hasta el piso superior.—A la derecha, vegetación de arbustos, rosales trepadores y jazmines, que se agarran al tronco de corpulentos árboles. Entre dos de éstos, hacia el fondo, paso á la calle.—Al fondo, seto de ciprés recortado, con un arco que da paso á la huerta. Tras esto, higueras corpulentas, palmeras y otros ejemplares de la flora mediterránea en gran desarrollo.—En todos los sitios donde no estorban el paso, tiestos con plantas florecidas. En primer término, un banco rústico.—Es de tarde.—A telón corrido, el coro, con voces de hombres, mujeres y niños, canta en la escena, alejándose, el Himno á la alegría (allegro *de la 9.ª sinfonía de Beethoven). Se alza el telón cuando el coro termina, y aparece la escena vacía.*

ESCENA PRIMERA

PAULINA, por la derecha.

PAULINA.—El cántico alegre que oí desde la calle se apaga, se pierde... ¡Qué silencio! Retiro misterioso, ya estoy en tí... ¡Cosa más rara! El viejecito portero no me ha puesto ningún obstáculo, ni me ha preguntado quién soy. (Avanza hacia el proscenio, esparciendo sus miradas.) La casa, modesta, grandona... El jardín, ¡qué bonito!... libre, lozano, tirando á silvestre. (Mirando al fondo.) Se extiende

por ahí... Detrás el mar. (Oyendo el ruido del mar.) ¡Cómo zumba, cómo canta... con voz solemne y mística!... ¡Qué turbación siento! Al entrar aquí paréceme que he pasado de un mundo á otro. Todos los sonidos de la Naturaleza me hablan, todos los objetos me miran. (Llevándose las manos á la cabeza.) No, no tengo yo en mi cabeza la debida serenidad. (Mira al interior de la casa.) Y las moradoras, dónde están?... ¿qué hacen?... ¿Entraré? Siento voces lejanas en el jardín. (Al volverse hacia el fondo, aparece Lucinda por un hueco de follaje. Viste de blanco, traje de gran sencillez y clásica elegancia; zapatos azules. Adorna su seno y cabeza con rosas. Lee un libro. Anda despacio, embebecida en la lectura.) ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Una mujer? No, no es persona humana, sino visión mentirosa, hechura de los rayos del sol, ó de mi mente abrasada. (Da algunos pasos hacia Lucinda, que avanza muy despacio, sin alzar del libro los ojos.) Es persona real, sí... la perfecta hermosura de que me hablaron. (Alto.) Mujer... (Lucinda se para y fija sus ojos en Paulina.) Señora...

ESCENA II

PAULINA, LUCINDA.

LUCINDA.—(Saluda á Paulina con naturalidad y exquisita compostura.) ¡Ah!... perdone usted... No la había visto.

PAULINA.—Pensé que era usted una imagen, un fantasma. Su extremada hermosura me alucinó.

LUCINDA.—(Modesta.) ¡Oh, señora...!

PAULINA.—No me pareció criatura mortal. Permítame que la felicite por su belleza.

LUCINDA.—Ni yo por mi belleza... insignificante, ni usted por la suya... que es espléndida, merecemos alabanza, pues lo que somos no es obra nuestra, sino de Dios.

PAULINA.—(Aparte, pasmada.) También discreta. (Alto.) ¿Querrá usted decirme...? Yo vengo á... ¿Podré ver al Doctor Guillermo Bruno?

LUCINDA.—No está en casa... Pero no tardará... ¿Le conoce usted?

PAULINA.—No, señora. (Dudando.) ¡Pero de él he oído encarecimientos tan extremados...!

LUCINDA.—¿Quiere usted tomar asiento? (Se sientan las dos en el banco.) La fama de Guillermo vuela más alto que la envidia; mas no llega á las alturas del águila, donde él está.

PAULINA.—Es realmente un hombre sin par. (Tratando de inquirir.) Nadie apreciará sus grandes méritos y cualidades como usted, unida á él por lazos tan estrechos, por... por...

LUCINDA.—Estrechos lazos, sí: la obediencia...

PAULINA.—¿Y nada más?

LUCINDA.—La gratitud... y sobre la gratitud, un cariño que se adormece en el tiempo y no distingue las horas, porque todas son igualmente dulces... Nada más hermoso para la mujer que reposar á la sombra de una voluntad superior; coadyuvar, aunque en mínima parte, á una obra sublime; sostener á esa gran voluntad cuando desfallece; participar de sus alegrías cuando triunfa...

PAULINA.—¡Oh, sí que es hermoso! ¿Y eso lo hace usted?

LUCINDA.—Decir que lo hago sería jactancia. Debo decir que lo intento... (Saca de su bolsillo la labor de *frivolité*.) ¿Me permite usted, señora, que...?

PAULINA.—Sí, sí, trabaje... Sin duda Guillermo detesta la ociosidad, y á las personas que más ama las hace andar de coronilla...

LUCINDA.—Cierto... De mí sé decir que por esta virtud, la laboriosidad, se compenetran el alma de Guillermo y la mía, ó ha venido á ser mi alma como una proyección de la suya.

PAULINA.—(Aparte.) ¡Qué remilgada sutileza! (Alto.) ¿Y todo el día se lo pasa usted leyendo y haciendo *frivolité?*

LUCINDA.—Señora, no. Esto es un ratito de ociosidad disimulada. En Madrid trabajo en la Biblioteca y en el Laboratorio; allá y aquí, en todos los menesteres de la casa: lavar, cocinar...

PAULINA.—¡Cocinar con esas manos tan finas!

LUCINDA.—(Mostrando sus manos pulcras, delicadas.) Aquí donde

usted las ve, ellas cosen y arreglan la ropa de Guillermo y de los niños, escriben cartas que Guillermo me dicta, limpian y desinfectan los instrumentos de cirugía...

PAULINA.—¡Oh, lindas manos, qué útiles son y qué bellas!

LUCINDA.—Tocan el piano, riegan las flores...

PAULINA.—¿Y qué más, qué más? Porque no trabajarán sólo las manos, sino el entendimiento.

LUCINDA.—Claro. ¿Quién, sino yo, repasa á las niñas la Física elemental?

PAULINA.—¡Jesús! ¿Y tiene usted cabeza...?

LUCINDA.—Y á ratos discuto con Guillermo algún punto de Filosofía... como aprendizaje, como ejercicio mental...

PAULINA.—¡También filosofía! (Irónica.) Comprendo que Guillermo esté encantado con usted.

LUCINDA.—Sí que lo está...

PAULINA.—Y que sea usted la preferida, la más amada...

LUCINDA.—Naturalmente... (Paulina se levanta inquieta, displicente; se pasea.)

PAULINA.—(Aparte.) ¡Y que oiga yo esto!... ¡Y qué bien se armonizan su hermosura y su pedantería! Ambas me destrozan el alma.

LUCINDA.—(Levantándose también.) Pues si usted me lo permite, señora, le preguntaré si viene á consultar con Guillermo alguna dolencia...

PAULINA.—¿Pues á qué se viene á casa de los médicos?

LUCINDA.—Ciertamente... Las señoras de la buena sociedad disponen para su uso particular de una colección de enfermedades elegantes que no matan ni afean...

PAULINA.—(Aparte.) ¡Y ahora se burla! (Se pasea. Lucinda la sigue, continuando su labor.) Ha entendido usted mal, señora. Yo no estoy enferma. He venido aquí por...

LUCINDA.—(Sospechando.) Ya... Por alguien que aquí vive. Entendido. No está usted enferma del cuerpo; del alma, sí.

PAULINA.—(Sorprendida de la penetración de Lucinda.) Muy bien.

LUCINDA.—¿He sido impertinente?

PAULINA.—No, no. Siga.

LUCINDA.—Es usted un espíritu fatigado de esa vida social, vertiginosa y febril, totalmente empleada en pasatiempos y goces. ¿Acierto?

PAULINA.—Así, así... Diga todo lo que piense.

LUCINDA.—Viene usted aquí en busca de un afecto intenso y puro.

PAULINA.—Tal vez.

LUCINDA.—Viene con la idea, muy noble y muy santa, de reparar el error más grave de su vida.

PAULINA.—No está mal. Adelante. Adivine más.

LUCINDA.—Falta lo más difícil... (Observándola, sondándola con la mirada.) Adivinar quién atrae á usted... quién la llama á esta pobre casa.

PAULINA.—Vamos á ver.

LUCINDA.—Nosotras, las mujeres que aquí vivimos, nada interesamos á usted...

PAULINA.—Muy pronto lo ha dicho.

LUCINDA.—Pero aquí también hay niños...

PAULINA.—Niños hay... Y entre ellos uno, que es el preferido de Guillermo, el que más ama. Hábleme usted de esa criatura.

LUCINDA.—(Aparte, gozosa de su descubrimiento.) ¿No lo decía yo? ¡Cómo voy acertando! (Alto.) Es un sér contrahecho, deforme, con quien la Naturaleza se ha mostrado cruel.

PAULINA.—¿Cómo se llama?

LUCINDA.—(Maliciosa.) ¿De veras ignora su nombre?

PAULINA.—Aseguro á usted que lo ignoro. (Con vivo interés.) Dígamelo.

LUCINDA.—Su nombre es Salvador; pero solemos llamarle *Niño Dios.*

PAULINA.—¿Sabe usted quién es la madre de ese niño?

LUCINDA.—Sí... digo, no: lo sospecho no más. Guillermo, cuando le hablamos del *Niño Dios* y le preguntamos su origen, suele decirnos que se lo entregó una hermosa mujer, desconocida, errante, que á su lado pasó como una tempestad...

PAULINA.—(Absorta.) ¡Cosa más rara... pasó... como tempestad!...

LUCINDA.—Dice también que llegará un día en que la mujer hermosa y errante se arrepienta de haber abandonado á su hijo, y venga por él.

PAULINA.—(Como alelada.) No entiendo nada. Todo esto me parece una leyenda, un cuento de niños.

LUCINDA.—¿No le interesa á usted?

PAULINA.—No... Si algo me interesa es por la relación que pueda existir entre ese niño y Guillermo... no por lo que usted cuenta de madres errantes, de mujeres tempestuosas.

LUCINDA.—(Aparte.) ¡Qué bien disimula!... Pero no hay duda, es la madre de Salvador.

PAULINA.—¿Qué dice usted?

LUCINDA.—No digo nada... pienso muchas cosas. Pienso que en el alma de usted han entrado, tarde sí, pero á tiempo, el amor al bien y el gusto de la virtud.

PAULINA.—(Ingenua, conmovida.) ¿Cree usted que aún es tiempo?

LUCINDA.—Sí, y pienso que ha sido feliz inspiración de usted venir acá.

PAULINA.—¿Verdad que sí?

LUCINDA.—Sus faltas serán perdonadas... Pienso también que si asegura usted la paz de su conciencia, será feliz.

PAULINA.—(Incrédula.) ¡Feliz yo! ¡Ay!... otra leyenda como la que usted cuenta del *Niño Dios* y la mujer que pasa.

LUCINDA.—No es leyenda... Usted verá que no es leyenda.

PAULINA.—(Confusa y triste.) Esta mujer me consuela... y me aturde... Admiro su talento, tan grande como su belleza... Pero es la leyenda, es el dorado ensueño que habita en esta casa del misterio...

ESCENA III

Las mismas.—OCTAVIA. Es una jovenzuela graciosa y linda, vestida con sencillez elegante; traje de color. Trae una canastilla y coge flores.

OCTAVIA.—Lucinda, María te espera. Hoy te toca dar la merienda á los niños.

LUCINDA.—Voy. (Guarda en el bolso el libro y la *frivolité*.) ¿Y tu hermana?

OCTAVIA.—Está cogiendo fruta. Yo cojo flores para adornar la mesa.

LUCINDA.—Esta señora espera á Guillermo. (Vase por la izquierda.)

OCTAVIA.—(Cogiendo flores.) No puede tardar ya. Tenga la bondad de tomar asiento.

PAULINA.—(Aparte, observando con asombro en Octavia los encajes que dió á Guillermo.) ¡Mis encajes! Otro misterio... Sigue la leyenda, el cuento de niños. Veré si de ésta saco más luz que de la otra. (Alto.) ¡Qué linda es usted, señorita, y cuánto me agrada la sencillez de su traje.

OCTAVIA.—La sencillez es nuestro adorno.

PAULINA.—¿Tiene usted una hermana?

OCTAVIA.—Sí, señora: se llama Celia, y yo me llamo Octavia, para servir á usted. (Canturrea en voz baja.)

PAULINA.—¿Son ustedes hijas del Doctor Bruno?

OCTAVIA.—No, señora; no tenemos ese honor.

PAULINA.—Según he oído, aquí están ustedes muy divertidas.

OCTAVIA.—El maestro nos manda estar alegres... gusta de vernos reir.

PAULINA.—Y según parece, no consiente la holgazanería.

OCTAVIA.—Nunca estamos ociosas.

PAULINA.—¿Y qué hacía usted antes de venir á coger flores?...

OCTAVIA.—Cosíamos estos encajes que nos trajo el maestro.

PAULINA.—¿Y antes de eso?

OCTAVIA.—Dí con Lucinda mi lección de Música, y mi hermana repasó la Física.

PAULINA.—Bien, bien. ¿Son ustedes huérfanas?

OCTAVIA.—De padre.

PAULINA.—¿Y su mamá de usted, vive en la casa?

OCTAVIA.—(Recelosa, después de una pausa.) No, señora.

PAULINA.—Y ese niño, tan amado del maestro, ¿es hermanito de usted?

OCTAVIA.—(Sorprendida.) ¿Hermano nuestro Salvador...? No, señora.

PAULINA.—Oigo ruido de pequeñuelos... ¿Son enfermitos?

OCTAVIA.—Algunos han venido muy desmedrados... poco á poco sanan y se robustecen.

PAULINA.—¿Y vienen chiquitos, muy chiquitos?... Quiero decir, si vienen de París.

OCTAVIA.—No, señora.. Son de Madrid casi todos. (Se acerca

mostrando una flor.) Vea usted qué rosa tan bonita. Suplico á usted que la acepte.

PAULINA.—Gracias... ¡Qué amable! (Se pone la rosa en el pecho.) Ya tiene usted para adornar su comedor... ¿Y cantan ustedes de sobremesa?

OCTAVIA.—Y á veces mientras comemos. Cantamos, y todos se alegran, chicos y grandes; todos se ríen.

PAULINA.—¿Y no rezan ustedes?

OCTAVIA.—Sí, señora. Al anochecer, y cuando nos levantamos. (Se oye el canto de Celia acercándose.) ¡Celia! estoy aquí.

ESCENA IV

Las mismas.—CELIA. Es bonita, algo más pequeña que su hermana. Los trajes se diferencian en el color. Entra con un cestito lleno de uvas.

OCTAVIA.—Celia, ten juicio... ¿No ves que hay visita?

CELIA.—(Haciendo una reverencia.) Señora, perdóneme. No la había visto.

OCTAVIA.—(Mirando al cesto.) ¿Traes muchas?

CELIA.—Dulces como la miel. (Ofrece á Paulina.) Pruebe usted, señora.

PAULINA.—Gracias.

OCTAVIA.—Acepte usted. Son muy ricas.

PAULINA.—(Aceptando.) Por complacer á ustedes. Ya sé por su hermanita que estudian ustedes mucho: la Física, la Música, la Historia... ¡Oh, qué niñas tan aplicadas! Y con tan variadas ocupaciones, la salud será excelente.

OCTAVIA.—Ya usted nos ve.

PAULINA.—Sanas, alegres y lindísimas.

OCTAVIA.—Acepte usted también estos jazmines. (Se los ofrece.)

CELIA.—Dámelos. Yo se los pondré en el cabello.

PAULINA.—Gracias. Pero no me enramen, como la Cruz de Mayo.

CELIA.—(Poniéndole los jazmines.) Así... ¡qué bien!

OCTAVIA.—Y aquí esta rosa. (Se la pone en la cintura.)

PAULINA.—Basta, no más. Cuando me vea el Doctor Bruno, ¿qué dirá?

CELIA.—La encontrará á usted muy bella.

OCTAVIA.—Un día estuvo aquí una señora guapísima... La cubrimos de flores.

CELIA.—¡Cómo se reían ella y el maestro!

PAULINA.—¿Una señora? ¿No sería la esposa de Guillermo?

OCTAVIA.—¿Qué dice usted? ¡Si Guillermo no tiene esposa!

PAULINA.—(Protestando.) ¡Que no tiene esposa!

OCTAVIA.—No, no. El maestro es viudo.

PAULINA.—¡Viudo!

CELIA.—Sí, señora: es viudo todo hombre casado á quien se le muere su mujer.

PAULINA.—¡Muerta su mujer! (Consternada, se aleja de ellas.)

ESCENA V

Las mismas.—MARÍA, GERVASIA.

MARÍA.—(Por la izquierda.) Pero, hijas, ¿por qué no habéis llevado á esta señora á la sala de recibir? Parecéis tontas.

PAULINA.—(Secamente.) No las riña usted. Estoy bien aquí. (Aparte, retirándose más á la derecha.) ¡Muerta yo! (Entra Gervasia por el foro derecha con niños y niñas que vuelven de paseo, y una criadita. Esta conduce á los pequeños al interior de la casa por el foro izquierda. Gervasia se dirige al centro y habla con María. Octavia y Celia, desde la izquierda, contemplan á Paulina meditabunda.)

MARÍA.—(Respondiendo á una pregunta de Gervasia.) Una visita.

GERVASIA.—(Que ha mirado atentamente á Paulina.) Yo conozco á esta señora.

MARÍA.—¿Quién es?

GERVASIA.—(Observándola más.) ¿Me equivocaré...? No: es ella.

MARÍA.—¿Quién?

GERVASIA.—Paulina; la esposa del señor.

MARÍA.—¡Jesús! Me has asustado. ¿Y á qué vendrá aquí esa mujer?

GERVASIA.—A mortificar al señor, á turbar su tranquilidad. Si hay justicia en el mundo de los sabios, oirá sus embustes y la pondrá en la calle... ¿No crees tú...? Es hombre duro...

MARÍA.—Pero es también piadoso, es humano.

GERVASIA.—Sea como quiera, no puede acogerla bien. El delito de esta mujer es horrible...

MARÍA.—¡Horrible! Ya me has contado...

PAULINA.—(Aparte.) Hablan de mí. Su mirada me aterra.

OCTAVIA.—(A la izquierda, con Celia.) Verás cómo resulta lo que te digo.

CELIA.—Que es la mamá de Salvador. ¡Cosa más rara!

OCTAVIA.—Sí que es raro. La madre tan bella, y el hijo tan desgraciadito.

PAULINA.—(Que ha mirado atentamente á Gervasia, dirigiéndose á ella.) ¿Estoy alucinada, ó es usted Gervasia? (María se une al grupo de las niñas.)

GERVASIA.—(Secamente.) Gervasia soy, sí, señora.

PAULINA.—Vengo á ver á Guillermo... Tengo que hablarle.

GERVASIA.—El señor dispone de poco tiempo. No gusta de conversaciones inútiles. (Le vuelve la espalda.)

PAULINA.—(Aparte, atribulada.) ¡Que soporte yo estas groserías! (Retírase á la derecha.)

OCTAVIA.—Es elegantísima. (A la izquierda forman grupo las dos muchachas con Gervasia y María.)

CELIA.—Bella y simpática.

MARÍA.—Una de estas fantasiosas que vienen á marear al maestro.

GERVASIA.—No debéis hablar con ella, ni responder á sus preguntas.

ESCENA VI

Las mismas.—LUCINDA.

LUCINDA.—Ya he dado la merienda á los niños. ¿Pongo la mesa?

MARÍA.—(Por Octavia y Celia.) La pondréis vosotras.

LUCINDA.—Desde que entró la conocí. Es la mujer errante...

PAULINA.—(Aparte.) El desvío de estas mujeres me oprime el corazón... Siento impulsos de huir... No, no: pase lo que pase, y digan lo que dijeren, aquí espero á Guillermo.

MARÍA.—(A Lucinda.) Acompañe usted á esta señora.

OCTAVIA.—(Aparte á Gervasia.) ¿Y no nos despedimos de ella?

GERVASIA.—Hacedle una reverencia, y nada más. (Las muchachas hacen á Paulina una reverencia. Se retiran cantando entre dientes el *Himno á la alegría*. En el foro, únese á la voz de ellas el coro lejano. Tras de las muchachas se van María y Gervasia.)

ESCENA VII

PAULINA, LUCINDA. Paulina se quita algunas flores de las que le han puesto las muchachas, y las arroja.

LUCINDA.—¿Qué hace usted?

PAULINA.—Quitarme estos emblemas de alegría, que no cuadran á mi tristeza. (Se desvanecen las voces del coro.)

LUCINDA.—¡Desgraciada señora!

PAULINA.—¿Y ese canto de júbilo, himno de la juventud dichosa y de la niñez florida...?

LUCINDA.—Es la voz divina del gran Beethoven, que nos acompaña y nos ilumina en nuestros quehaceres.

PAULINA.—Pues en mi alma se vuelve quejumbroso y lúgubre.

LUCINDA.—La alegría es el premio de las conciencias puras y de las voluntades que han sacudido la pereza.

PAULINA.—¡Idea hermosa! Como que es de Guillermo. Mil veces la oí de sus labios.

LUCINDA.—¿Usted?

PAULINA.—(Con arrogancia.) Yo. Las ideas que usted repite como una lección de carretilla, yo las bebí en la fuente.

LUCINDA.—¿Antes que yo? Permítame que lo dude.

PAULINA.—(Muy excitada, recorriendo la escena.) Dúdelo usted todo lo que quiera. Diré la verdad de una vez, á boca llena, para que usted se asombre ó se indigne, para que llore ó patee. Soy la esposa de Guillermo.

LUCINDA.—¡Su mujer! Por segunda vez, señora, me tomo la libertad de poner en duda lo que usted dice.

PAULINA.—¡Que lo duda, que lo niega!

LUCINDA.—Negar, no... Pero... con profundo convencimiento, insisto en que usted padece una equivocación.

PAULINA.—La equivocada es usted... (Encrespándose.) Pues no faltaba más.

LUCINDA.—No me ponga en el caso de faltar á la cortesía diciéndole...

PAULINA.—¿Qué?

LUCINDA.—Diciéndole que no parece estar en su sano juicio.

PAULINA.—¿Que estoy loca?... ¡Loca porque digo...! ¿Pero se atreve á sostener?...

LUCINDA.—(Impávida, guardando su dignidad.) Aunque usted falte á las conveniencias, yo no me ofendo... veo en usted un cerebro perturbado.

PAULINA.—(Fuera de sí.) ¡Loca yo!... ¿Y se atreve á negar...? (Amenazando.) ¡Que no lo sufro... que no lo aguanto!

LUCINDA.—(Alzando la voz.) Repórtese.

PAULINA.—Usted es la que falta. (Entra Guillermo por la derecha. Se detiene observándolas.)

LUCINDA.—(Excitada.) ¡Usted, usted, intrusa en esta casa!

PAULINA.—(A gritos.) La intrusa es usted. (Suben de tono las voces.)

LUCINDA.—Estoy en mi casa. (Paulina ve á Guillermo. Corre hacia él. Las dos quedan suspensas.)

ESCENA VIII

PAULINA, LUCINDA, GUILLERMO.

PAULINA.—Guillermo, ¡ay! ven... Dime, ¿cuál de estas dos mujeres está loca?... ¿Esa ó yo?

GUILLERMO.—Tú... (Se ríe.) Serénate. (Pausa.) Lucinda, ven... acércate. (Lucinda se acerca despacio, medrosa.) ¿Verdad que no estás enojada con esta señora? ¿Verdad que la quieres?

LUCINDA.—(Bajando los ojos.) Si tú lo mandas...

GUILLERMO.—(En tono paternal.) Yo á tí te quiero... (Familiar.) Ve y dí á María y Gervasia que pongan un cubierto más en la mesa, que esta señora cenará con nosotros.

LUCINDA.—(Aparte, alejándose.) ¿Cómo puede ser esposa de Guillermo la madre desnaturalizada...? (Parándose y mirándola.) Inmenso enigma, yo te descifraré. (Desaparece por el foro izquierda.)

ESCENA IX

PAULINA, GUILLERMO; después CELIA.

PAULINA.—La loca es ella, no yo.

GUILLERMO.—Las dos.

PAULINA.—¿Qué mujer es esa?

GUILLERMO.—Tus locuras te han hecho también desmemoriada. ¿Pero no reconoces á Lucinda?

PAULINA.—Lucinda... (Recordando.) La hija del Marqués de Criptana... ¡Si no la ví más que una vez, á la salida de un teatro!... Ya voy recordando. Supe que se trastornó.

GUILLERMO.—Maltratada por su marido, se hizo estudiosa, taciturna, contemplativa, extremando la vida ideal. Per-

dida la razón, su padre me la entregó para que la curase. Tenía visiones, delirios, accesos epilépticos. Al fin, á fuerza de paciencia y observación, he puesto el orden en su mente, y esa serenidad poética que has visto. Es mujer de muchísimo talento y de copiosa lectura.

PAULINA.—Ya, ya lo he notado.

GUILLERMO.—Es un poquito filósofa... de imaginación. Tiene, como tú, la facultad de dar giro fantástico á las cosas más naturales y sencillas.

PAULINA.—Ya, ya.

CELIA.—(Por el fondo.) ¿Puedo pasar?

PAULINA.—¿Y esta niña graciosa y su linda hermana?

GUILLERMO.—Celia... puedes pasar... acércate. Ponte ahí, delante de esa señora. (Celia se coloca frente á Paulina.) Mírala bien, Paulina; lee en esas facciones.

PAULINA.—(Mirando atentamente.) Me parece... creo recordar...

GUILLERMO.—(Imperioso.) Paulina, despierta. Tu mente vagabunda vuela por los espacios y se pierde en el olvido... Deletrea esa cara. ¿De quién es hija esta preciosa niña?

PAULINA.—(Dudosa, recordando.) ¿Es hija de Daniel Fons, militar muerto en Cuba?

CELIA.—Para servir á usted, señora.

PAULINA.—La ví tan niña... Sí, ella es. Reconozco el aire de familia... Dé usted á Guillermo el recado que trae. (Se aparta.)

GUILLERMO.—No te apartes.

CELIA.—Si ponemos la mesa al aire libre.

GUILLERMO.—Claro.

CELIA.—Podía molestar á esta señora el aire libre.

PAULINA.—Al contrario... me gusta mucho, mucho.

GUILLERMO.—El aire libre despeja la memoria y aviva el entendimiento. Dale un beso y retírate. (Se besan. Sale Celia muy ligera.)

ESCENA X

PAULINA, GUILLERMO; después OCTAVIA.

GUILLERMO.—Abandonadas de su madre, que era una mala mujer...

PAULINA.—¡Pobres niñas!

GUILLERMO.—Quedaron solitas y en la mayor pobreza. En memoria de su padre, mi grande amigo, las recogí. Vinieron á mi poder raquíticas, melancólicas, desmedradas de cuerpo, los entendimientos atestados de inepcias farragosas. En poco tiempo he fortalecido los cuerpos, he alegrado las almas, les he infundido el poder mental y el poder de voluntad.

PAULINA.—¡Qué triunfo, qué maravilla!

GUILLERMO.—No hay maravilla en lo que sólo es obra de la paciencia. Estos y otros seres desvalidos, dañados por la Naturaleza ó abandonados de los hombres, son mi familia, mi única familia, porque no tengo otra.

PAULINA.—Aquí todos los corazones son tuyos. Te rodean mujeres que no son tus mujeres; amas á niños que no son tus hijos... que lo son quizás... no sé. Este es un mundo extraño, desconocido para mí; pero yo entro en él animosa. (Con ardorosa curiosidad.) ¿Es esto la ciencia pura, ó es una familia creada por el amor para el servicio de la ciencia?

GUILLERMO.—La ciencia crea; el amor embellece.

OCTAVIA.—(Por la izquierda.) ¿Puedo pasar?

GUILLERMO.—Adelante.

OCTAVIA.—Maestro, tu *Niño Dios* te sintió entrar. No tiene consuelo, porque no has ido á cogerle en brazos como acostumbras. ¿Le traigo?

PAULINA.—(Vivamente.) Sí.

GUILLERMO.—No: entretenle; paséale un rato bajo las higueras... (Se va Octavia.)

ESCENA XI

PAULINA, GUILLERMO.

PAULINA.—(Impaciente.) Yo quiero verle.

GUILLERMO.—Te causará pena, quizás espanto. En ese desdichado sér puso Dios el sello de la degeneración humana. Yo amo con ardiente pasión á ese niño porque es el más débil, porque además es mi pensamiento, mi voluntad... porque á él debo mi vida, como él á mí la suya.

PAULINA.—(Después de mirar hacia el foro izquierda, retírase asustada.) ¡Oh! ya le veo... Lastimosa figura humana... ángel deforme.

GUILLERMO.—Pues ese ángel deforme tiene contigo más relación de lo que tú crees.

PAULINA.—¡Conmigo! ¡Relación conmigo!

GUILLERMO.—Contigo. Vas á saberlo. En aquella noche tristísima en que tú, alzándote ante mí con arrogancia de mujer emancipada, que cifra su orgullo en el oprobio...

PAULINA.—(Aterrada.) No sigas... por Dios te lo pido. Viviendo cien siglos no borraría de mi memoria la mancha de ese recuerdo.

GUILLERMO.—En aquella ocasión terrible, saliste de mi casa y me quedé solo, sin ver junto á mí más que mi dignidad y mi corazón pisoteados...

PAULINA.—Basta... no más.

GUILLERMO.—Mi desesperación me igualaba á los condenados del Infierno. Por primera vez en mi vida me sentí caído en la vulgaridad de la envidia, del despecho, del rencor... Yo no era yo, sino una bestia desatada, capaz de todas las violencias. Corrí fuera de mi casa, me lancé á la calle con ansias de matar. ¿A quién? A mí mismo, porque sólo acabando conmigo aniquilaba mi deshonor.

PAULINA.—¡Quisiste matarte!... Esa vida gloriosa y santa estuvo á punto de perderse por mí, que soy una miserable, una mujer indigna.

GUILLERMO.—Loco y ciego iba yo á la muerte... Verás cómo esta fatalidad fué desviada de su camino por otra fatalidad. Corriendo, como te digo, de calle en calle, fuí á parar á las afueras de la Villa... Llegué á un sitio desamparado... Casuchas míseras y tapiales rotos distinguí en la obscuridad... Oí ruido de pendencia, voces airadas, soeces... Ví sombras que se agitaban con furor de pelea, entre un zumbido de imprecaciones y blasfemias horribles... Después las sombras huían, se alejaban las voces... Llanto de mujeres era el último rumor que se alejaba. Avancé yo, y mis pies dieron en un bulto... de aquel bulto salía un quejido lastimero... Al inclinarme sobre él, creí encontrar un perrito abandonado. Esto me pareció cuando ví una forma animal queriendo moverse á cuatro pies sobre una tela deshilachada, que debía de ser su envoltura. Fijé toda mi atención... El animal... era un pobre niño escuálido, desnudo, hambriento...

PAULINA.—Le recogiste...

GUILLERMO.—(Con emoción.) Y lo mismo fué tenerle entre mis manos, que sentirme inundado de piedad, y disiparse, como por milagro, todo aquel furor de suicida que yo llevaba al salir de mi casa. Aquel mezquino sér que del suelo recogí, el último, el más despreciable y deslucido de toda la humanidad, hizo brotar en mí nuevo raudal de amor... todos los amores que yo había perdido, que tú me quitaste. (Pausa. Paulina llora, el rostro entre las manos.) Me le llevé á casa. Al día siguiente fué bautizado. Y ya no pensé más que en sacar á salvo aquella infeliz vida, para mí la más preciosa del mundo. A esa criatura consagré todo lo que sé... y todo mi cariño encima. En él ví el hijo que tú no me habías dado, y que á mí venía caído del Cielo ó abortado por la tierra, deforme y contrahecho, como nuestro desdichado matrimonio.

PAULINA.—Su aparición fué mi ingratitud materializada ante tus ojos. Mirando á ese pobre engendro, me aborrecías más, ¿verdad?

GUILLERMO.—No: ya no me cuidaba de aborrecer á nadie. En la deformidad de Salvador, no ví nunca un castigo. (Con

entusiasmo profesional.) Era una prueba, era como un desafío de la Naturaleza, para que en aquel cuerpo miserable probáramos ella y yo nuestras armas. (Orgulloso.) ¡Lucha titánica! Para lanzarse á ella resucitó mi espíritu muerto.

PAULINA.—En esa lucha pusiste toda tu ciencia.

GUILLERMO.—La ciencia y un amor entrañable. (Va relatando sus triunfos con orgullo y alegría.) El pobre esqueleto de ese animalito yo lo fortifiqué... Su cuerpo no quería crecer... yo lo impulsé al crecimiento. Yo he regenerado su sangre viciada. No tenía más que instintos, y yo he desarrollado en él la inteligencia. Era cruel, y yo le he enseñado la piedad, el amor. Carecía del don de la palabra, y yo he convertido sus mugidos en expresiones claras. Era torvo, ceñudo, y yo le he enseñado la risa. Era, en fin, una bestiezuela, y en esa bestiezuela he infundido un espíritu, que quiero sea cristiano y ame la verdad, la justicia... Puedo decir que lo he creado, que es obra mía, hechura de mi pensamiento y de mi amor.

PAULINA.—(Desconcertada.) Todos tus cariños se cifran en él, y poco queda para los demás, nada para mí.

GUILLERMO.—Yo te adoraba, Paulina: bien lo sabes.

PAULINA.—Sí: no debo quejarme. Dueña fuí de un tesoro, y lo arrojé en medio de la calle.

GUILLERMO.—En la calle se pierden los tesoros y en la calle se encuentran... Así encontré yo el mío... Nuestra separación, Paulina; el divorcio de hecho, ha sido consagrado por absoluta disparidad entre los pobres seres que son objeto de nuestro cariño. Mi *Niño Dios* y tu Cristín no pueden ser hermanos.

PAULINA.—(Suplicante.) ¡Que lo sean, Guillermo; que lo sean!

GUILLERMO.—Imposible. ¿Cómo hacerte comprender esta diferencia, fundada, más que en la Naturaleza, en el origen de los seres humanos?... Tú y tu hijo pertenecéis á otro mundo, al mundo en que los goces ahogan los deberes. Vuélvete allá, Paulina, y quédese el hombre solitario recluído en su caverna, entre lástimas y miserias humanas. El vacío que tú dejaste, lleno está de rudas obligaciones y de tristezas. No es éste tu sitio.

PAULINA.—(Con gran efusión.) Sí lo es. Admíteme, Guillermo. La piedad que en tí despertó Salvador, concédela á esta miserable. Deforme y monstruosa soy también: necesito de tu inteligencia y de tu amor.

ESCENA ÚLTIMA

PAULINA, GUILLERMO, OCTAVIA, SALVADOR; después CELIA y LUCINDA. Aparece Octavia por el fondo con Salvador en brazos. Es un sér desmedrado y raquítico, de ojos negros y vivos, el cuerpo encorvadito, esmeradamente vestido con franelas blancas.

OCTAVIA.—Maestro, no puedo contenerle... Tu *Niño Dios* no vive lejos de tí.

PAULINA.—Desgraciado niño, por ser como eres; feliz, porque te ama el grande hombre. (El niño alarga sus brazos hacia Guillermo.)

GUILLERMO.—Ven, hijo mío... ven... ¡Pobrecito, que no puede vivir sin mí! ¿Has llorado? (El niño responde que sí con la cabeza.) Ven acá. (Le coge en brazos.) ¿Ves esa señora? (Señalándola.) ¿Te gusta esa señora? (El niño mira á Paulina como asustado; después se abraza al cuello de Guillermo.) Quiere decir que le gustas; pero que todo su cariño es para mí, para mí solo.

PAULINA.—(Con viva emoción.) Quiéreme á mí también, criatura de Dios, porque yo quiero fervorosamente á tu padre. Madre soy de otro niño desvalido, á quien Guillermo salvó de la muerte. Los dos le debéis la vida.

GUILLERMO.—Oye, Salvadorín: esta señora quiere que la admitamos en nuestra familia. ¿Qué te parece á tí?

PAULINA.—Dí que sí, que me admita... Yo seré buena. (Salvador, sonriendo, mira alternativamente á Paulina y á Guillermo.)

GUILLERMO.—¿Qué dices?... A ver... decide pronto.

PAULINA.—Sí, dice que sí.

GUILLERMO.—No dice nada.

PAULINA.—Niño mío, traeré á Cristín, que será tu hermanito. Seré tu madre.

SALVADOR.—(Extiende su brazo hacia Paulina; la llama con movimiento gracioso de la mano.) *Ma... dre.*

PAULINA.—(Corre hacia Guillermo; se arrodilla.) Maestro, admíteme, hazme tuya.

GUILLERMO.—¿Amarás á este pobre niño tanto como al tuyo?

PAULINA.—(Con grande efusión.) Sí: á los dos amaré lo mismo.

GUILLERMO.—(Aparecen Lucinda y Celia.) La mujer errante vuelve á su casa para no salir más. Festejémosla. (Coro lejano.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

A tres pesetas tomo.

La desheredada, dos tomos.—El amigo Manso.—El doctor Centeno, dos tomos. —Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido, dos tomos.—Fortunata y Jacinta, cuatro tomos.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra, tres tomos.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.—Casandra.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

A dos pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Gloria, dos tomos.—Marianela.—La familia de León Roch, dos tomos.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

OBRAS DRAMÁTICAS

A dos pesetas tomo.

Realidad, drama.—La loca de la casa, comedia.—La de San Quintín, comedia.—Los Condenados, drama.—Voluntad, comedia.—Doña Perfecta, drama.—La Fiera, drama.—Electra, drama.—Alma y Vida, drama.—Mariucha, comedia.—Bárbara, tragicomedia.—Amor y Ciencia, comedia.

EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA

A dos pesetas tomo.

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—*Segunda serie:* El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.—*Tercera serie:* Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.—*Cuarta serie:* Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápita. —En prensa: La vuelta al mundo en la Numancia.—En preparación: Prim.—La de los tristes destinos.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facsímiles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (consta la obra de 92), 1 peseta.

Discursos académicos: un tomo, **2 pesetas.**

EN PREPARACIÓN

Edición ilustrada de **Doña Perfecta**, con dibujos de Pellicer

